

Relatos de la Resistencia

Registro de Testimonios para Archivo Audiovisual (2da Parte)

Museo de la Memoria

Región del Bío Bío

323.490983

REL

re

2021

c.1



Esta iniciativa fue financiada por la Seremi de las
Culturas, las Artes y el Patrimonio Región del Bío Bío,
Programa Memoria y Derechos Humanos 2019.



Relatos de la Resistencia
Registro de Testimonios para Archivo Audiovisual (2da Parte)
Museo de la Memoria
Región del Bío Bío

Entrevistas, redacción de textos y edición:

María Eliana Vega Soto

Registro, producción audiovisual y fotografías:

Paula Leonor Cisterna Gaete

Diseño:

Guillermo Delgado Moreno

Impresión:

Impresora Icaro Ltda.
(quien sólo actúa como impresora)

Chile, Concepción, septiembre de 2021.

Presentación

Entre diciembre de 2019 y septiembre de 2021, la Corporación Regional por la Memoria y los Derechos Humanos realizó el proyecto "Registro de Testimonios para el Archivo Audiovisual del Museo de la Memoria Región del Bío Bío 2ª etapa", financiado por la Seremi de las Culturas, las Artes y el Patrimonio Región del Bío Bío, Programa Memoria y Derechos Humanos.

Con esta iniciativa se buscaba dar continuidad al proyecto ejecutado en el periodo 2018-2019, y así totalizar 60 registros testimoniales que servirán de base al futuro Archivo Audiovisual del Museo Regional de la Memoria.

En esta oportunidad, el equipo compuesto por Paula Leonor Cisterna Gaete, antropóloga, y María Eliana Vega Soto, periodista, realizó 25 entrevistas a personas que fueron víctimas de la represión política a partir del golpe militar del 11 de septiembre de 1973, concentrando los registros en dirigentes estudiantiles, sociales y políticos que participaron activamente impulsando organizaciones y acciones de resistencia a la dictadura cívico militar en la zona, en la década de los ochenta.

En esta reseña de esas extensas entrevistas, hombres y mujeres que en ese tiempo luchaban por sus ideales y convicciones, para dejar atrás la oscuridad de la dictadura y recuperar la democracia en nuestro país, comparten sus vivencias y experiencias con gran generosidad y franqueza.

Son historias emotivas, en que muchas veces afloraron las lágrimas y los dolores vividos, pero también los momentos de solidaridad, unidad y participación que macaron sus vidas.

Agradecemos sinceramente a quienes aceptaron dejar estos registros de nuestra memoria reciente, como parte del valioso material que dará forma al Archivo Audiovisual de Testimonios del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de la Región del Bío Bío.

Esperamos que este trabajo de investigación y recopilación sea una contribución más al derecho a la verdad y al deber de la memoria.

CORPORACIÓN REGIONAL POR LA MEMORIA Y LOS DERECHOS HUMANOS

Índice

Ana Calzadilla Romero	06
Jorge Peryrin Heredia	08
Elizabeth Velásquez Mardones	10
Narciso Cortés Pastén	12
Ester Araneda Gallardo	14
Etel Cea Torres	16
Juan Sandoval Torres	18
Arinda Ojeda Aravena	20
María Candelaria Acevedo Sáez	22
Juan Polizzi Contreras	24
Yolanda Concha Rojas	26
Oclides Anriquez Ulloa	28
Luis Pardo Seguel	30
Jorge Oyarzún Castañeda	32
Paz Macaya Aretxabala	34
Manuel Flores Torres	36
Pedro Cisterna Osorio	38
Pedro Vera Castillo	40
Hugo Pérez Navarrete	42
Humberto Toro Vega	44
Eduardo Mora Santos	46
Olimpia Riveros Ravelo	48
Marco Contreras Mella.....	50
Silvia Pérez Garcés	52
Fernando Vásquez Alarcón	54

Ana Calzadilla Romero
Hermana de Irán Calzadilla Romero
Ejecutado
el 20 de diciembre de 1973
Tomé

*“Con la ejecución
de mi hermano,
nos derrumbamos como familia”*

Mi papá, Manuel Calzadilla Contreras era obrero de la Textil Bellavista, en Tomé. Trabajó toda su vida desde los 17 años y hasta los 60 cuando jubiló. Somos cinco hermanos, Irán era el mayor y después vengo yo. Nos criamos en la calle Miramar, en Cerro Alegre. Mi mamá falleció cuando yo tenía 8 años y mi hermana más chica, 2 años, así que mi papá nos crió solito. Después de cinco años, él se volvió a casar. Fuimos niños felices; mi papá fue evangélico toda la vida y nos llevaba a la iglesia, no fumaba ni tomaba. Mi hermano se fue formando dentro de la iglesia y nosotros también.

Cuando empezamos a crecer y a educarnos, mi hermano Irán quiso hacer el servicio militar como voluntario, ahí se hizo amigo de jóvenes comunistas que conocí. Antes de esa época, iba a la iglesia, tocaba la guitarra, hacía deporte y le gustaba el karate. Esa fue su vida. Después se metió con esos jóvenes al Partido Comunista y le gustó, encontraron que era una persona que podía trabajar por el partido, y se fue metiendo en esto. Mi papá no militaba y ninguno de nosotros.



Mi hermano había terminado el liceo y estaba trabajando en la textil FIAP Tomé para ayudar a mi papá, todos nos estábamos educando porque mi papá decía que la pobreza se combatía con estudio. Irán estaba muy entusiasmado con su militancia. Dejó de ir a la iglesia porque estaba tomando otras responsabilidades.

La mañana del 11 de septiembre de 1973, estábamos escuchando radio y nos dio susto pero pensamos que era algo pasajero. Mi hermano se fue a trabajar como siempre. Cuando empezamos a escuchar que estaban bombardeando La Moneda, nos dio más susto, mi papá oraba y le decía a mi hermano que se cuidara. El decía que no se preocupara, que eran sus ideales y que él no había matado a nadie, y siguió yendo a su trabajo.

Hasta que el 5 de octubre del 73 llegaron los marinos y lo sacaron de la fábrica.

La misma gente de la fábrica pasó a decir a la casa que se lo habían llevado. Mi papá entendió que estaba preso en la cárcel y nos mandaba a dejarle comida y ropa, eso duró unos 8 días. No lo pudimos ver, nos quedábamos esperando que los gendarmes nos recibieran la comida, nos parábamos en la calle a esperar, a la una podíamos entregar la comida y ahí de repente veíamos que los marinos lo sacaban a declarar, y nosotros veíamos cómo lo llevaban con las manos atrás. Un día yo estaba con otra hermana y ella lo vio y le pegó un grito: "¡Irán!", y él miró y los marinos le pegaron culatazos delante de nosotros y lo entraron a la cárcel de nuevo. Mi hermana lloraba.

Yo le llevaba comida a mi hermano y me traía la ropa sucia. No nos daban ninguna explicación, nunca supimos nada. Uno andaba calladita, y miraba con cara de miedo, ya se sabía que habían matado gente, que habían detenido a un vecino, que a otro lo habían apaleado, así que había miedo, uno no preguntaba nada, apenas le decía al gendarme que le iba a dejar la comida a Irán Calzadilla y te hacían esperar y cuando tocaba una buena persona, la recibía; pero otras veces no. Había montones de gente en lo mismo.

Pasó el tiempo y se lo llevaron a la Isla Quiriquina y ahí mi papá me mandaba sola, porque él trabajaba. Le iba a dejar comida y ropa limpia, y a esperar a ver si nos entregaban la ropa sucia. Una sola vez dieron permiso para ir a visitar-lo pero solo una persona. La visita comenzaba a las 9 de la mañana. Yo viajé de Tomé con mi madrastra; yo tenía dos hermanas por parte de madre en Talcahuano que vivían en Medio Camino, y las llamamos para decirles que íbamos a la visita. Llegamos y vimos que en camiones sacaban a los presos para que tuvieran una visita grupal, a mí me dejaron fuera, pero no me quedé tranquila, y empecé a gritar que quería entrar, al final me dejaron pasar y fue peor la impresión de verlo, estaba delgado, pálido, no era el mismo hermano que conocía. Tanta fue mi impresión que me enfermé.

El domingo antes que lo ejecutaran, fui a dejarle ropa con una de mis hermanas, y vi que lo iban sacando en una camioneta, lo llevaban rodeado y él iba al medio, le gritamos y él levantó la vista, iba engrillado. Iba saliendo por la Puerta Los Leones y en ese momento no sabíamos a dónde lo llevaban.

Después supimos dónde estaba porque un gendarme que cuidaba a mi hermano y a Fernando Moscoso, también era de Tomé. Él habló con ellos, les contó quién era y cada uno

escribió un mensaje para sus familias. Irán lo hizo en el envoltorio de una cajetilla de cigarrillos y el otro joven también escribió algo en un papel. Días antes que los mataran, el gendarme vestido con ropa de color, llegó a mi casa y contó que mi hermano estaba en apuros muy graves y le entregó el papellito a mi madrastra. Ella lo leyó y me pidió que fuera a buscar a mi papá a la fábrica. Lo encontré y le dije lo que pasaba. Mi papá decidió ir a la cárcel, lo alcanzó a ver y se despidieron.

A mi hermano lo llevaron a la cárcel de Talcahuano, ahí estuvo hasta cuando lo mataron, el 20 de diciembre de 1973, condenado por un Consejo de Guerra; lo ejecutaron junto a Fernando Moscoso. Mi papá sufrió mucho, siempre lloraba a su hijo, un día le dio un infarto y murió, eso fue en 1994.

Cuando mataron a mi hermano, no nos entregaron su cuerpo para velarlo, mi papá nunca supo dónde estaba, lo buscó en el cementerio de Concepción y en el de Talcahuano, pero estos malditos no le querían decir a dónde se lo habían llevado. Se llevaron a los dos en unas urnas de madera y los enterraron como NN. Mi papá se juntó con el padre de Fernando y lo empezaron a buscar, rogando y llorando hasta que les dijeron que estaban en el panteonero de Talcahuano, allá fueron a llorarle a los panteoneros y se los entregaron. Él quería trasladarlo a Tomé, pero llegaron los marinos y ellos los trajeron en sus jeeps, mi papá había pedido el camión de la fábrica porque creía que se los iban a entregar y los iba a poder cambiar de urna, pero eso no sucedió, los amenazaron, y los pacos y los milicos los enterraron, y mi papá se quedó mirando de lejos porque andaban armados. Nunca supimos si eran ellos los que estaban ahí. Cuando mi papá murió fuimos a hablar con el panteonero para que, por favor, nos dejara mirar la urna porque teníamos un hermano muerto y queríamos reconocer su ropa, para confirmar si era él. Estuvimos con mi hermana y lo vimos, reconocí su ropa, todo lo que él tenía, además vimos que tenía una venda a un hoyo en el cráneo, dicen que mi hermano no murió al tiro, así que nos convencimos de que ahí estaba.

Nos derrumbamos como familia. Nadie hablaba con nadie, nosotros vivimos una vida medio aislada en ese momento. Nos cambió totalmente la vida, mi papá siguió en la iglesia y nosotros íbamos, no sé si para curar las penas y que se nos olvidara un poco, pero en realidad nunca fue así, nunca más la casa ni nosotras volvimos a ser las mismas.

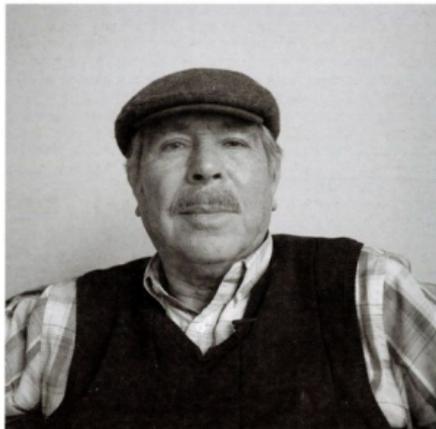
Jorge Peyrin Heredia
Ex prisionero político y relegado
Década de los ochenta
Concepción

*“Pasamos miedo,
pero nunca claudicamos”*

Siempre he sido penquista, nacido y criado en Concepción. Nací en el barrio chino, en Ormpello con Rozas. Mi padre era maestro gáster, Arturo Peyrin Figueroa, y mi mamá Hortensia Heredia Heredia, éramos nueve. Ella lavaba ropa ajena, porque con lo que ganaba mi padre no alcanzaba. Éramos bien pobres, mis tres hermanos y yo andábamos a patita pelada, las niñas no, porque mi mamá se preocupaba de eso; en invierno era duro.

Solo terminé la escuela básica. Éramos muchos, así que entré a trabajar en la construcción a los 17 años, después fui a la escuela nocturna, hice primero y segundo, pero no terminé. Mi papá nunca fue militante, se podría decir que fue de clase media, no sacó una profesión sino que aprendió un oficio.

Mi militancia empezó el año 68, tenía 17 años, justamente cuando empecé a trabajar, ingresé a las Juventudes Comunistas. Frente a Tribunales se construía el edificio Tucapel



donde trabajaba mi papá, yo iba a dejarle la vianda, y subía al edificio y miraba las concentraciones que se hacían en toda la esquina y de ahí me nació la inquietud porque dentro de mi familia nadie se metió en política.

Para la campaña de Allende, yo estaba haciendo el servicio militar en la Infantería de Marina en Iquique y me tocó cuidar la línea férrea. Salí el 71.

Tengo muchos recuerdos del gobierno de la UP, para los que habíamos leído la historia del movimiento político y obrero, fue emotivo que hubiera salido Allende. Fueron pasando los años y fui adquiriendo más experiencia y responsabilidades dentro de mi organización y pasé a ser dirigente de la Jota.

Para el golpe de Estado estaba en mi casa. Escuché la radio y sentí tristeza, sabía lo que significaba un golpe de Estado, había leído lo que había pasado en otros países y cómo se reprimía a la gente. Tomé contacto con algunos compañeros

para ver qué podíamos hacer. Nos juntamos, recibimos instrucción militar verbal porque no teníamos nada, había unas pistolas viejas, pero armas, nunca vi. Queríamos defender el gobierno siempre que tuviéramos los medios, pero no los tuvimos y empezaron a detener a los principales dirigentes y a jóvenes militantes.

Me detuvieron el 22 de octubre del 73, estaba en la casa de un cuñado. Yo tenía una foto con la infantería de marina en la entrada de mi casa, y la vio un teniente. Me llevaron al fuerte Borgoño en Talcahuano, estuve una semana y me trataron muy mal, me decían que había traicionado a las Fuerzas Armadas.

Caí en un grupo de 3 compañeros que teníamos un aparato donde estábamos organizando la resistencia. Estuve once meses, hasta que se me hizo un Consejo de Guerra, me acusaron de tenencia de armas y explosivos, que no tuve nunca, y también me acusaron de traición.

Nos mandaron a un gimnasio de la Base Naval y después me llevaron a la Quiriquina. Estuve 9 meses ahí.

Empezaron a llegar organismos internacionales que lograron entrar al lugar de detención y conversar con los presos y ahí empezó a cambiar algo el trato. Se permitió visita y nos llevaron a la Base para poder ver a nuestros familiares. A mí me visitaron mis papás y una polola.

Fui condenado a 3 años de presidio y los cumplí en la cárcel de Talcahuano. Estuve del 74 al 76. Había un grupo del MIR y éramos como 15 entre socialistas y comunistas. A pesar de todo fue una bonita experiencia. Era un inmueble viejo, de madera, antiguo. Los ratones se paseaban. Ahí estábamos juntos, pero logramos con el alcalde que nos entregara unas salas viejas y las arreglamos, pusimos agua, ducha y baño y una tele. Hacíamos trabajo de alfabetización, le enseñamos a leer a los niños que eran llevados por vagancia o por robo.

Los primeros días dormíamos en el piso, al comienzo comíamos comida de toda la población penal, pero después los familiares nos llevaban comida y empezamos a cocinar. La Cruz Roja también nos ayudaba. Todas las semanas nos podían visitar.

Cuando salí, volví a integrarme a la Jota en forma clandestina en Hualpencillo, fui secretario comunal y estuve como tres años, después me fui a vivir a San Pedro y me casé. Mi

situación en Hualpencillo no daba para más y propuse que me sacaran y me fui a lo público y así llegué al sindicato de la Construcción, conocí a Adrian Fuentes y llegué al departamento de jóvenes. Estuve en la Jota hasta los 35 años, después pasé al partido.

Salíamos a las protestas, participábamos con todas las organizaciones que se atrevían. Fuimos de las primeras organizaciones que salimos a rechazar el plan laboral y las Afp. Cuando asume (Sergio Onofre) Jarpa, estábamos en Estado de Sitio, nos allanaron el local, nos detuvieron y nos aplicaron un artículo por estar en reuniones políticas y nos relegaron. Nos enviaron a Santiago al cuartel general de Investigaciones, y al otro día nos echaron en un bus llenito y nos fueron repartiendo.

En Vicuña me quedé yo, dos jóvenes de Rancagua y un cabro de Conce, éramos cuatro. Y después nos llevaron a tres más. El cura nos pasó una pieza y ahí nos hospedamos. Tuvimos buena relación con el cura y la gente. Todas las tardes íbamos a hablar a una central telefónica. En ese tiempo había comedores populares, así que íbamos a almorzar a un comedor y tomábamos el desayuno en la pieza. En el día salíamos a conocer. Yo le limpiaba el jardín al cura.

Teníamos un mes ahí y llegó la orden de trasladarnos y en mi caso me enviaron a Punitaqui al interior de Ovalle donde me encontré con Juan Polizzi. Nos fuimos a vivir a la casa de la secretaria de la iglesia y almorzábamos donde el cura. Yo tenía dos niños y llegaron allá.

Cuando cumplí mi periodo me fui a Santiago y de ahí volví a Concepción. Era el 85 y me integré al sindicato de la Construcción.

Para mí fue una experiencia bonita, con buen provecho político, teníamos un ideal político; pasamos mucho susto también, pero no claudicamos nunca.

Elizabeth Velásquez Mardones

Hermana de Héctor Ernaldo

Detenido desaparecido

el 3 de noviembre de 1973, Villarrica

Y de Héctor Heraldo

Detenido desaparecido

el 16 de mayo de 1977, Argentina

*“Es una herida
que nunca se va a cerrar”*

Mi familia es oriunda de Villarrica. Somos 6 hermanos, soy la quinta, cuatro hombres y dos mujeres, mis dos hermanos mayores son desaparecidos. Ernesto, mi papá era mueblista y María Audelina, mi mamá, dueña de casa y modista, ambos comunistas de tomo y lomo.

Teníamos una vida linda, no teníamos mayores preocupaciones. En mi casa nunca hubo grandes lujos pero tampoco había un mal pasar. Era una vida sencilla, donde casi todo el mundo se conocía. Mi vida fue feliz hasta el 10 de septiembre de 1973.

Con mis hermanos nos llevábamos cuatro años cada uno. Cuando mi hermano mayor, Héctor Heraldo se casó, yo tenía 7 años. Él era reservado y se preocupaba de nosotras.

Era muy discreto, jamás lo escuché hablar del partido. Se casó el 62 y el 64 se fue a la Unión Soviética por un año y mi cuñada se quedó con nosotros. Cuando volvió se fueron a



vivir a Temuco, él como funcionario del partido. El 66 se vino a Concepción, primero a Barrio Norte y después a la Villa Nonguén y estuvo hasta el 72, cuando se fue a Chiguayante porque le entregaron su casa. Su chapa era Pedro. Era encargado de Schwager, Coronel y Lota.

El que seguía, Héctor Ernaldo, era mueblista también, mi papá hacía muebles de madera y mi hermano estuvo en Santiago y aprendió otro estilo, así que se combinaban. Cuando se fue a Santiago se perdió, fueron dos o tres años que no supimos de él, lo atropellaron y estuvo hospitalizado con pérdida de conciencia. Un día llegó una carta diciendo que volvía y al poco tiempo a mi papá le dio una trombosis.

El 11 de septiembre de 1973 nos pilló con los preparativos del matrimonio religioso de mi hermana Silvia que vivía en Concepción, pero en Villarrica no se dimensionó tanto lo que pasaba porque no había regimiento, solo un retén, con unos cuantos pacos a los que conocíamos.

Viajamos en tren a Concepción el 13 y fue terrible, iban los milicos y toda la gente arrinconada. Mi hermana vivía en Villa Nonguén, pero no se pudo hacer el matrimonio religioso. Pasamos el 18 en Chiguayante y fue el último día que vi a Lalo (Héctor Heraldó). Se despidió de nosotros y se fue. Estuvimos dos semanas en Concepción.

A fines de septiembre volvimos a Villarrica. Antes de irnos, mi mamá fue a Carabineros y preguntó si teníamos alguna orden de detención y le dijeron que no.

Yo llegué a contarle a mis compañeros porque allá no se sabía nada, alguien nos dijo que sintonizaríamos Radio Moscú y ahí nos fuimos enterando, lo hacíamos a escondidas. Tampoco pensamos que esto iba a ser por tanto tiempo y tan terrible.

Y así transcurrieron los días hasta el 3 de noviembre que fueron a la casa y la allanaron, fue algo terrible. Detuvieron a Héctor Eraldo, fueron como cinco personas, mi hermano alcanzó a ponerse un pantalón y salió con el torso desnudo y descalzo y ahí empezaron a torturarlo, a golpearlo, no le preguntaron nada, no sé cuántos minutos fue, sentíamos que se quejaba y suplicaba que se lo llevaran para que mi papá no lo escuchara. Hasta que se lo llevaron en una camioneta y ya no dormimos en toda la noche.

Esperamos que se levantara el toque de queda y mi mamá fue a la comisaría y vio que la camioneta en que se lo habían llevado la estaban lavando frente al lugar. Preguntó y le dijeron que ahí no había nadie detenido. Ella fue al puente sobre el río Tolén y ahí vio una poza de sangre en un brazo del puente. Intuyó que lo habían lanzado al río, pero hasta hoy sus restos no sido encontrados. Hubo un proceso y la sentencia salió el 2008, mi mamá ya había fallecido. Condenaron a los responsable: uno a 10 años y un día y murió en la cárcel, y el otro a 3 años y un día.

Nos vinimos a Concepción el 19 de diciembre de 1973. Llegamos a la casa de mi hermano en Chiguayante y ahí nos acomodamos.

Mi hermano mayor salió del país y nunca supimos cuándo. Estuvo dos años en Hungría, el 76 volvió a Argentina pero nosotros tampoco supimos hasta que desapareció. Mi papá falleció el 15 de mayo de 1977; el 17 veníamos llegando de su funeral cuando nos informaron que Lalo había sido detenido. Supuestamente mi hermano iba a llevar a su familia a

donde él estaba a fines de ese año y mi cuñada se estaba preparando para eso.

Con el tiempo supimos que fue víctima de la Operación Cóndor y yo me pregunto qué nivel de responsabilidad tenía él como para que desapareciera en algo tan grave.

Uno trataba de vivir el día con otras cosas, trataba de no pensar, la noche nunca más volvió a ser la de antes, se empieza a oscurecer y aunque no quiera siento la soledad de la noche.

Esa tortura psicológica, era un mundo nuevo, me fui guardando muchas cosas, incluso a mi marido no le conté detalles, solo que tenía dos hermanos desaparecidos. Con mi mamá nos veíamos todos los días. Mi mamá salía todos los sábados a las marchas y yo no podía ir, se me ponía un nudo en la garganta y no podía avanzar, pero sí iba a Villarrica a investigar sobre mi hermano, buscaba, preguntaba.

Yo buscaba testigos, todo el mundo sabía de la historia de mi hermano. El 74 no bajó ningún bote al río porque había muchos cuerpos y los pacos lo prohibieron. Tengo una libreta donde iba anotando cosas.

Lo más cercano que estuve de saber algo fue con una persona que me dijo que sabía dónde habían sacado las osamentas de mi hermano y lo habían enterrado, pero quería plata y de dónde la íbamos a sacar. Después murió, así que sí sabía o no, no supe, se fue con su secreto a la tumba.

Con mi mamá nunca dejamos de estar juntas. La vida nos cambió para siempre. Mi mamá me dejó la vara muy alta, jamás le voy a llegar a los talones. El día que detienen a Pinochet en Londres a mi mamá le dio un accidente vascular. Pero me alcanzó a dar las fotos de mis hermanos y me dijo: "Te toca a ti".

Con dos hermanos desaparecidos y otro que murió de cáncer, no sé cómo mi mamá pudo levantar cabeza y seguir adelante, creo que el dolor se transformó en hacer cosas, había que vivir. Esta es una herida que nunca se va a cerrar.

Narciso Cortés Pastén

Ex prisionero político

Octubre de 1973

Dirigente político

Década de los ochenta

Tomé

*“En dictadura no flaqueamos
y no nos quedamos atrás”*

Soy tomecino, hijo de una familia numerosa. Mi padre era un campesino que se vino a Tomé y entró a trabajar a la industria textil. Nosotros éramos trece, cuatro fallecieron siendo niños. Llegamos a un sector de Tomé llamado Navidad. Eso fue en el año 50.

Mi infancia fue feliz. La enseñanza media la hice en el Instituto Comercial. Viajábamos a pie desde mi casa a Bellavista. Eso fue en el 70. Para entonces los profesores ya empezaban a identificarse, a tener opciones; en mi caso el cambio se produce tanto en el colegio como en mi casa, el mayor de mis hermanos era obrero de la misma fábrica donde trabajaba mi papá, se juntaban en la casa y conversaban, yo tenía como 13 años y empiezo a escuchar conceptos distintos que me motivaban a preguntar y querer saber más. También se hablaba del despertar y de Allende que era el factor que motivaba ese despertar y conducía a la esperanza, eso tenía en mí un impacto mayor, en paralelo, en el Comercial se gestaba el movimiento estudiantil.



Bordeaba los 14 años y un día se me acercó un profesor y me dijo que era socialista y me propuso ingresar a las juventudes, no lo pensé siquiera y le dije inmediatamente que bueno. Era lo que estaba esperando. Llegué a ser jefe comunal de la juventud.

Mis recuerdos del periodo de Allende en Tomé son de involucramiento de los trabajadores, nada pasaba si no lo hacían los trabajadores. Si los sindicatos decidían ir a paro, todo Tomé se paralizaba. El gobierno de Salvador Allende fue un proceso de toma de conciencia y lucha de clases pleno.

La organización sindical había establecido que de existir un golpe se iba a anunciar con las sirenas de las industrias, era común que a las 12 se tocara la sirena a la hora de almuerzo. El 11, las sirenas sonaron a las 8 de la mañana, mi mamá me alertó, yo me levanté y al oír la radio escuchamos los bandos. Yo bajé y vi marinos en la puerta del partido.

Al día siguiente nos íbamos a encontrar en determinado punto y yo asistí, nos fuimos al cerro, había mucho bosque nativo, un lugar bueno para desarrollar una guerrilla, nos instalamos y reunimos cerca de 15 a 18 compañeros, yo tenía 15 años y medio. En ese andar en otros cerros, nos encontramos con otros grupos del MIR y del PC. Esto habrá durado dos o tres semanas y la idea era generar una fuerza capaz de oponerse al golpe. Había condiciones para llevar la resistencia a un plano de confrontación, pero un día se recibió un mensaje de Santiago que decía textual: "Enterrar las flores en el campo y hacer vida normal". Eso provocó desazón al jefe del partido que me dijo que volvería a trabajar y que visitaríamos a los compañeros. Una semana estuvimos en eso hasta que llegó la represión. Los marinos llegaron a la fábrica y se lo llevaron, la primera o segunda semana de octubre. Después de eso empezaron a caer compañeros, llegaron a mi casa y daban vuelta las camas buscando armas. Cuando ellos llegaban, yo me escapaba. Hasta que un día mi mamá me dijo que era mejor, para tranquilidad de la familia, que me entregara. Así que la vez siguiente que llegaron a buscarme, me quedé y me llevaron detenido a la Comisaría. Pasé por todo: electricidad, submarino, bolsas en la cara, golpes, todo. Eso duró unos 8 días. A la celda llegó Fernando Moscoso, del PC, que fue ejecutado después. Yo lo conocía porque era dirigente del centro de alumnos.

Un día de lluvia y nos sacaron, éramos unos 14 a 20, y en un camión tolva nos llevaron al Cuartel Rodríguez en la Base Naval, en Talcahuano. Ahí nos revisaron y después nos trasladaron al gimnasio donde pasamos la noche. Al otro día nos pusieron una capucha y a mí me llevaron a Borgoño, nadie me preguntó nada, fue terrible. Fueron 6 días en que tu vida es una miseria. Borgoño era el escenario de entretenimiento de los cosacos. Me sacaron y me llevaron de vuelta al gimnasio y fui interrogado por el fiscal, quien me dijo que se iniciaba un Consejo de Guerra. Me mandaron a la Isla Quiriquina. No hubo interrogatorios allí, sí hubo comida y solidaridad. Fue una semana compleja, en que estaba decidido a quitarme la vida, pensaba reducir a un grumete y quitarle el arma. No hablaba con nadie. A varios que llevaban tiempo ahí, sus familias les mandaban cosas. A mí no me llegaba nada porque mi familia no tenía idea dónde estaba. Era la expresión máxima de solidaridad del pueblo obrero en el entorno del sufrimiento. El Consejo de Guerra continuó y en mi caso salí en libertad porque era menor de edad. Eso fue la primera quincena de enero del 74.

Pude rehacer mi vida y volví al colegio a segundo medio. El 75 salí del Comercial y me fui a Concepción al vespertino. Me titulé de contador y el 77 empecé a trabajar en Bellavista. Ya me había casado. Inicié un lento proceso, en Tomé hubo compañeros que preferían cruzar la calle, no saludar o no abrir la puerta.

Fue hasta el 78 en que fue momento de armar cosas. Organizamos una actividad para el 1^o de mayo en el cementerio de Tomé, dejamos unos panfletos contra la dictadura, fue una acción del MIR a la cual me sumé. Después de eso, el tomeño empezó a perder el temor y a recuperar la dignidad, lo que permitió que se formara un incipiente movimiento social.

En el 79-80 sufrimos una represión fuerte, hubo varios compañeros detenidos que eran de la dirección regional, y como estábamos en la clandestinidad, yo asumí la dirección regional. La perspectiva nuestra era insurreccional, con una línea de lucha de masas. Y eso significaba salir de la clandestinidad, con los sindicatos, el movimiento de los pobladores y los estudiantes.

Del 80 para adelante me vengo a Concepción, dejo Tomé en manos de otro compañero, pero no aparezo públicamente sino hasta el 89.

Todo lo vivido entonces me dejó madurez y credibilidad. No flaqueamos, continuamos en el proceso y no nos quedamos atrás y asumimos. Estoy conforme con ello, creo que mi padre no se equivocó en las conversaciones que sostenía con su hijo mayor, en que estaban sembrando una simiente que cayó en buen terreno y que sirvió para que yo me mezclara en la construcción de un mundo mejor y una sociedad más justa, más solidaria y más fraterna.

Ester Araneda Gallardo
Esposa de Alfonso Araya Castillo
Detenido Desaparecido
el 9 de septiembre de 1976
Santiago

*“No puedo quedarme tranquila
en mi casa,
tengo que seguir luchando”*

Nací en Corral. Oscar, mi papá, era presidente del sindicato de la industria Altos Hornos y mi mamá, Madelina, era dueña de casa. Éramos cinco hermanos, dos mujeres y tres hombres, dos fallecieron. Mi papá fue siempre un hombre muy ligado a la política y a la cosa social. Me eduqué en una escuela pública. Tuve una niñez muy bonita. Cuando cerró la industria, él instaló un negocio donde vendía frutas y verduras. El maremoto y terremoto del 60 me tocó vivirlo en Corral, fue tremendo, el mar se llevó nuestra casa completa. Felizmente ninguno de los nuestros falleció. Después del terremoto mi papá empezó a construir otra casa donde estuvo la anterior y levantó un negocio donde todos ayudábamos.

Dos de mis hermanos se fueron a la Escuela Normal de Valdivia y el mayor a la Industrial y con el tiempo se vino a Talcahuano a trabajar a Huachipato y el 65 nos vinimos todos. Yo estudiaba interna en la Escuela Técnica de Valdivia. Mi papá empezó a militar en el Partido Comunista, y luego lo hicimos mis hermanos y yo. Construyó un quiosco para vender revis-



tas y diarios y eso nos permitía sobrevivir bien. Vivíamos en Hualpencillo.

Me llenaba de orgullo trabajar por la causa social. Puse todas mis esperanzas en Allende, trabajaba día y noche. A fines del 71 fui a estudiar a la Unión Soviética y volví un poco antes del golpe. Acá seguí trabajando y tenía unos 26 años para el golpe.

El 11 de septiembre estaba en mi casa y cuando me levanté mi papá me dijo: “Hija, hay un golpe de estado. Y esto va a ser terrible, va a ver una masacre”. Me fui al local de la Jota en Concepción y los compañeros estaban quemando la documentación que podía ser peligrosa. Yo me fui del local y no volví a mi casa. Me junté con otros compañeros y empezamos a trabajar en la clandestinidad. Recibí un bolso con ropa y me alojaba en distintas casas. También estuve en una casa en Concepción con Carlos Contreras Maluje.

Me avisaron que debía salir de la zona porque me andaban buscando. En diciembre vino un compañero a buscarme, y me fui a Santiago en bus. Estuve en su casa como un mes y después en distintos lugares. No tenía vida. Donde me pillaba la noche me quedaba a alojar. La clandestinidad te hace vivir una doble vida. Todos trabajábamos con chapas. Mi familia me apoyó siempre, eso fue una llama en mi vida.

Con mi compañero, Alfonso Araya, nos conocimos en Santiago, él venía de La Serena. La primera vez nos juntamos en Portugal con 10 de julio pero no conversamos. Nos volvimos a ver cuando ya tenía definido lo que él iba a hacer y a dónde iba a trabajar. Y nos juntamos nuevamente porque debía presentarle a la gente con la que iba a trabajar; ese día me invité a un café y me dijo que apenas me vio se enamoró de mí. Al principio no me gustó mucho, pero le dije que sí, que nos juntáramos otro día, pero era tan complicado juntarse porque los dos trabajábamos en la clandestinidad y nos podían seguir. Inmediatamente comuniqué a la Jota que estaba pololeando. Nos juntábamos en lugares donde no hubiera mucha gente, a veces la cita no resultaba, él vivía en un lugar y yo en otro, fue un pololeo clandestino al máximo. Hasta que unos compañeros nos pasaron una casa para vivir en Quilicura cuando decidimos casarnos, y nos fuimos a vivir ahí. No me quería casar, porque encontraba que era un peligro, pero Alfonso buscó un registro civil alejado y nos fuimos a casar con dos testigos, el 30 de junio de 1975.

El día que desapareció, el 9 de septiembre de 1976, Alfonso tenía que reunirse con dos compañeros. Salí después de almuerzo, tomó la micro en la esquina y se fue, me dijo que entre las cinco y media y las seis regresaba y me venía a buscar para ir comprar. Yo lo esperé, pasaron las cinco, las seis, las siete, se oscureció y no volvía. En ese tiempo no había celular ni teléfono en las casas, pero había un negocio donde uno podía llamar. Tenía algunos números de teléfono donde posiblemente él habría ido y empecé a llamar y nada. Cerraron el negocio y me fui para mi casa. Fue una noche terrible, no dormí, apagué las luces, caminé dentro de la casa, lloraba, lo llamaba en medio de mi desesperación.

Cuando esa noche no llegó estaba segura que lo habían detenido porque siempre fue una persona responsable, jamás se quedó a alojar afuera y llegaba siempre a la hora. Al otro día me levanté temprano y empecé a recorrer algunas casas, preguntando si lo habían visto, pero nada, supimos que había llegado al lugar a juntarse con ellos y que los tres habían desaparecido. Yo tenía 7 meses de embarazo.

Seguí en la clandestinidad por unos días, y después pasé a la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Me integré rápidamente.

Cuando iba a tener a mi hija, mi mamá viajó para acompañarme y ayudarme en los primeros meses. Cuando tuve síntomas de parto, fui a tomar una micro pero ya iba con dolores terribles. El chofer se salió del recorrido para ir directo al hospital y cuando llegamos se metió en un estacionamiento en el San Juan de Dios. Mi hija nació así. Estuve siete días internada.

Me iba a la Agrupación en la mañana y las compañeras me ayudaban con mi hija. Pasó un año o un poco más. Después me volví a Concepción porque mi situación económica se agravaba.

No supe nada de Alfonso. Había recorrido regimientos, la morgue, hospitales, posta, casas, lo busqué por cielo, mar y tierra y nada.

Me vine Concepción como en marzo o abril del 78, había empezado la huelga de hambre en Santiago y cuando llegué me fui a la Vicaría y conté mi historia ya que quería juntar a algunas compañeras para hacer una huelga de hambre en Concepción. Nos encontramos en la misa de 12, en la Parroquia Universitaria. Llovía torrencialmente y hacía un frío horrible. Terminó la misa y nos tomamos la parroquia. El padre Pedro Azócar nos acogió. No recuerdo si éramos 12 o 13, para la época fuimos valientes. Estuvimos 13 o 14 días y por momentos fue terrible, apedreaban la parroquia, se metía gente que quería saber quiénes éramos, pero también llegó mucho apoyo. Recibíamos telegramas, hasta de Marcelo Mastroiani nos llegó uno. Después de la huelga formamos la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos de la región.

He luchado más de 40 años por verdad y justicia, los culpables tienen que pagar, no puede haber crímenes como estos que queden impunes. Que haya un poco de justicia alivia. A más años podría estar en mi casa tranquila descansando, pero no puedo hacer eso, mi conciencia me dice otra cosa, que tengo que seguir por los jóvenes, esto no se puede volver a repetir, por años hemos dicho nunca más. Como familiares tenemos que seguir y saber lo que pasó con ellos, por eso no puedo descansar ni quedarme en mi casa tranquila, tengo que seguir luchando.

Etel Cea Torres
Ex prisionera política
18 de octubre de 1973
3 de noviembre de 1983
Hualpencillo/Concepción
(Fallecida el 10 de julio de 2021)

“La juventud fue duramente castigada por la dictadura”

Nací en Curacautín, soy hija de Marcelino Cea, artesano mueblista, y de María Torres, labores de casa. Soy la tercera de siete hermanos. Vivimos ahí hasta el año 60 y después nos fuimos a Laja donde mi padre siguió trabajando en su oficio y militando en el Partido Comunista.

Posteriormente nos vinimos a Talcahuano, vivimos en Las Salinas y fue una infancia difícil por lo sacrificado de la vida de mis papás. Éramos bastante pobres.

De Las Salinas nos fuimos al cerro La Gloria. Estuvimos varios años. Tenía 13 o 14 años y participaba en reuniones de la Jota que se hacían en mi casa.

En 1970, el año de la elección de Allende, mis papás hicieron un trabajo arduo por las elecciones en Hualpencillo. Yo estudiaba en el Liceo Las Salinas.

Mi mamá asumió como presidenta de la JAP y nos tocó harta pega a nosotros también. Era bonita la participación, era ac-



tiva, había harta actividad juvenil, principalmente.

No todos mis hermanos militaban, el mayor y yo éramos más activos, otros eran simpatizantes. Terminé el cuarto medio el año 73.

El 11 de septiembre me pilló con una cuñada; mi mamá no permitía que hiciéramos fila ni compráramos cosas de las que llegaban a la población y nos mandaba a Concepción a hacer fila para conseguir las cosas que necesitábamos para la casa.

Estábamos con mi cuñada en un supermercado que estaba en Anibal Pinto con Barros, cuando empezamos a ver movimiento de camiones con militares, marinos y carabineros, alrededor de la Intendencia, eso sería como a las 9 de la mañana. No sabíamos qué pasaba, la gente se empezó a ir y con mi cuñada nos fuimos caminando a Hualpencillo porque no había micros. En el camino nos encontramos con un compañero que venía de Talcahuano y nos explicó lo que había

pasado, fue terrible. Cuando llegué, mi casa estaba llena de gente, mi mamá estaba en cama porque había sufrido un desmayo. En la radio Bío Bío estaban llamando a gente para que se fuera a entregar y en esa lista aparecía mi mamá. Mi papá resolvió que nos fuéramos a Laja donde teníamos familia, para que no se entregara. Nos fuimos con mis hermanos menores y se quedó el mayor; estuvimos dos o tres días, y decidimos volver porque las cosas no estaban muy bien, volvimos a la casa y al otro día hubo un allanamiento general a la población. Fue bien terrible, allanaron todas las casas con milicos y tanquetas.

Pasaron los días y el 18 de octubre fueron a buscar a mi hermano que no estaba en la casa y amenazaron a mi papá con que si no llegaba se lo iban a llevar y que lo iban a matar y a raíz de eso mi hermano volvió y el 19 lo fueron a buscar. Se llevaron a mi hermano que estaba casado, junto con mi cuñada que tenía 9 meses de embarazo.

Después volvieron a buscarme a mí. Cuando salí de la casa, afuera había un bus de Los Alces que estaba lleno con mis compañeros de la población y de otras personas que conocía. Me subieron y nos llevaron al gimnasio de la Base Naval; era horrible, estaba todo lleno con gente de distintos partidos. Nos sacaron y nos llevaron al cuartel Borgoño, nos trataron muy mal. Nos interrogaron y después nos bajaron al gimnasio de la Base. En ese tiempo yo era de una base de la Jota y era poco lo que sabíamos. Ahí nos llevaron al cuartel Rodríguez, donde estuvimos con amenazas de fusilamiento. Al segundo día me enteré que a mi papá lo habían detenido y que estaba en el cuartel. Nunca lo pude ver. Estuvimos 10 días hasta que nos largaron. Mi papá salió a los 15 días.

Volví a mi casa y no quería ir más al liceo, llegaron mis compañeras a buscarme para que volviera y terminara el año, yo estaba en cuarto medio. Volví en noviembre y terminé. No quedé en la universidad porque no estaba preparada.

Después de la detención quedé con delirio de persecución, aún así el 74 volví a ayudar a reorganizar la Jota en Hualpencillo, en la clandestinidad. Pasamos periodos muy duros de miseria, de hambre y frío. El año 76 entré a trabajar, y también empezamos a organizar los comedores populares en la sede de Lan B. Trabajamos mucho tiempo en eso, hasta que llegaron los ochenta, y empiezan las primeras protestas.

El 82 me destinaron a trabajar con la enseñanza media en Concepción, a organizar la Jota, fue cuando empezaron las

primeras marchas del hambre y las primeras manifestaciones en los liceos. Ese año me casé y nos vinimos a Concepción. Mi pareja era dirigente regional de la Jota y yo era de la enseñanza media.

El 3 de noviembre de 1983, a las una y media de la mañana fuimos detenidos por un equipo de la CNI que venía desde Santiago. Arrendábamos en un sitio con varias piezas y casas y cuando llegaron escuché que dijeron que abríramos la puerta. Los tipos nos llevaron al cuartel de Pedro de Valdivia en la calle Bahamondes, y ahí nos sometieron a toda clase de apremios tanto psicológicos como físicos. Nos preguntaban de todo, querían saber quiénes eran los dirigentes y quiénes integraban el aparato militar del partido. Fueron muy crueles. Yo estaba menstruando y fue terrible porque nunca pude cambiarme y estaba vendada en un calabozo. Nos tuvieron toda la noche. Al otro día nos llevaron a Playa Blanca. Supimos dónde estábamos porque se sentía el mar, era un recinto recreativo de la Armada. Al sexto o séptimo día, nos llevaron a la Fiscalía Militar.

Me acusaron de asalto a una embotelladora y de tener explosivos en la casa, algo que era totalmente falso. Me enviaron detenida al Buen Pastor, y a Andrés a Chacabuco 70.

Yo lo único que quería era que mis papás no supieran que estaba detenida porque sabía lo que significaba para ellos y toda mi familia, porque al final son los que más sufren, afuera no saben nada, no tienen idea y es muy fuerte. Yo tengo familia que todavía está dañada.

Estuve 6 meses en el Buen Pastor, después que salí de la comunicación y en los días de visita pude ver a mis padres. Después me dieron la libertad condicional, fui procesada y me condenaron por el tiempo que había estado en la cárcel. En mayo de 1984 quedé en libertad, Andrés estuvo un año. Seguí con la actividad política pero ya pública, participaba en una Agrupación de Familiares de Presos Políticos que funcionaba en el Codepu, después nos fuimos a la Vicaría donde nos dieron el espacio y organizamos la Agrupación, también formamos la Coordinadora de Familiares de Víctimas de la Represión.

Fue un periodo de crecimiento, de aprendizaje, de enfrentar la vida de otra forma, porque nos tocó duro ya que la juventud fue duramente castigada por la dictadura.

Juan Simplicio Sandoval Torres

Ex prisionero político/exiliado

Detenido el 16 de abril de 1981

Tomé/Hualpencillo/Italia/Concepción

“Mi experiencia vivida la veo desde el crecimiento humano”

No puedo estar lejos de Tomé. Ahí nací y me crié. Mis padres, Lucinda y Lisandro eran del campo y formaron una familia con ocho hijos. Nos criamos en el barrio California, camino a Rafael, sector con mucha vida social y deportiva. Estudiamos en la escuela del barrio y después en el Liceo Industrial, que preparaba jóvenes para la industria textil. En la mitad del liceo me fui a la Escuela de Grumetes donde estuve dos años y medio. Yo quería quedarme y seguir avanzando, pero al final se me pasó el tiempo.

Partí a trabajar a Rancagua, y fui contratado como obrero de planta en la Fundación Caletones. Eso fue en 1968 y tenía 19 años. También me dediqué a estudiar y todos los días viajaba a Santiago a un curso especial para trabajadores. Me iba en bus y regresaba en el tren nocturno. Ya estaba casado y tenía un hijo. Terminé mis estudios y el 71 me gradué en una ceremonia que se hizo en el Teatro Municipal. Postulé a la universidad y quedé en la Universidad Técnica Rey Balduino, pero solo estuve un semestre y me tuve que retirar. En ese momento estábamos creando el Frente de Trabajadores,



FTR del MIR, fui el primero en formarlo con pocos trabajadores, éramos un grupo de estudios que nos reuníamos en las noches en Rancagua. Fui candidato a dirigente también. Pese a eso nunca dejé de ir a Tomé a ver a mis padres y hermanos.

Mi segundo hijo nació para el golpe de Estado, no pude estar con él en ese momento, pero lo fui a ver, aunque me tuve que ir a una casa de seguridad. Como había sido candidato a dirigente, mi nombre estaba en una lista de personas que andaban buscando y me habían allanado la casa varias veces. Luego del golpe, con algunos compañeros nos mantuvimos en contacto, pendientes para ver qué se podía hacer y cómo actuar.

Después fui a Santiago donde unos parientes y posteriormente fui a Temuco para ver a mi hermano mayor, Héctor, él se quería ir a Argentina y me dijo que nos fuéramos pero yo no quise. Yo quería seguir luchando aquí. Nos despedimos sin saber si volveríamos a vernos. Semanas después, me avi-

só que estaba en la Embajada de Italia y me dio unos contactos por si quería entrar. En ese momento no tenía otra alternativa que asilarme, no tenía una forma de sobrevivencia segura y tampoco conexión con mi familia y si la retomaba los ponía en peligro, además me dijeron que mi compañera se había ido a Santiago con mis hijos y que estaba bien.

Así que partí a Santiago, observé el lugar donde estaba la Embajada y al final salté la muralla, y pude entrar. Había mucha gente, pero me encontré con mi hermano. Después llegó mi cuñada, Arinda Ojeda. Pasaron varios meses y a fines de 1974, poco antes de Año Nuevo, salimos rumbo a Italia.

Nos instalamos en Brescia, una ciudad del norte de Italia y trabajé en una fundición de hierro. Mi familia llegó un año después. En Italia organizamos una política de colaboración con la resistencia chilena y enarbolamos acciones para hacer un boicot al cobre chileno. No fue fácil, pero logramos que en algunas condiciones Italia no comprara cobre a Chile. Eso molestó mucho al régimen.

El MIR estaba en una política de retorno para ayudar al movimiento popular chileno a que se rebelara, y me embarqué en esta política, nos prepararon y nos vinimos en forma clandestina. Regresé a fines de 1980 sin problemas. Estuve en Santiago unos días y después viajé a Rancagua, Concepción y Temuco.

Mi clandestinidad la viví sustentándome yo mismo en el primer momento, la preparación que hice afuera me lo permitió y pude sobrevivir viviendo en distintos lugares, durante unos meses.

En ese momento mi familia de Tomé no sabía que yo estaba en Chile, pero de alguna manera lo supo. Una vez me comentaron que mi mamá había dicho: "Yo sé que mi hijos están haciendo lo que tienen que hacer, a veces escondidos en las sombras, pero están haciendo lo que ellos deben hacer". Cuando lo escuché, me dejé muy conforme, conociendo a mi mamá supe que lo sabía y eso era importante para mí.

Yo no venía destinado a trabajar en la zona de Concepción, como proyecto político mi trabajo iba a ser en el área rural, pero me cambiaron el programa y me tuve que quedar en lo urbano, no me sentía muy cómodo pero estaba en la obligación de hacerlo.

El 16 de abril de 1981, a las 9 de la mañana había salido de

mi casa en Hualpencillo, y de repente se detuvieron tres vehículos, y cuatro personas me rodearon, uno me golpeó por atrás y me arrastraron a un vehículo. Grité mi nombre por si alguien escuchaba. Me llevaron al centro de detención El Morro, en Talcahuano y ahí me encontré con otros seis detenidos. Estuve toda esa tarde y después me llevaron solo al cuartel de la CNI en Pedro de Valdivia. Ahí me interrogaron. Me tuvieron toda la noche y me llevaron de vuelta al Morro, ahí me torturaron, pero yo nunca les cooperé. En algún momento nos subieron a una avioneta y nos llevaron a Santiago, al Cuartel Borgoño, donde estuvimos 18 días sin saber donde nos encontrábamos.

Después de pasar por la Fiscalía Militar, nos mandaron a la Penitenciaría. Ahí estuvimos como dos meses y nos enviaron de vuelta a Concepción porque el juicio no podía seguir en Santiago. A los hombres nos llevaron a Chacabuco 70, llegué con mi familia se enteró y me fue a visitar. En la cárcel nos organizamos, formamos el Colectivo de Presos Políticos y nos pusimos en contacto con la Vicaría a través de nuestros familiares, nos mandaron abogado y nos entregaron ayuda asistencial, lo que nos dio esperanzas de que podíamos volver a la vida y algún día recuperar la libertad. Yo pasé 8 años y medio prisionero.

Cuando estuve detenido supe del asesinato de mi hermano Lisandro (17 de agosto de 1981). Fue en la hora del encierro y estaba recién entrando, un prisionero común tenía un radio portátil y escuchaba noticias y yo iba pasando y escuché decían que habían abatido a un extremista en Santiago, puse oreja y escuché el nombre de mi hermano. Me golpeó mucho la noticia. Supe después que fue un falso enfrentamiento. A voz en cuello transmití la noticia a mis compañeros y me mandaron mensajes y gritos de apoyo y al otro día hicimos una reunión donde se hizo un modesto homenaje a mi hermano.

Me condenaron por ingreso clandestino y me agregaron un cargo de uso de armas, aunque nunca me pillaron algo. En agosto de 1989, Pinochet me indultó. Cuando salí en libertad volvió a Tomé y me reencontré con mi familia, tratando de reiniciar mi vida, lo que no era fácil.

La experiencia que viví la veo desde el crecimiento humano, de conocer al ser humano, de darme cuenta que tenemos mucha riqueza por explorar y cultivar. Por ese lado del conocimiento, del saber y las convicciones es por donde más se aprende y se crece.

Arinda Ojeda Aravena

Ex prisionera política

Exiliada

16 de abril de 1981

Concepción

“Siento que la vida ha sido generosa conmigo”

Nací en Temuco y cuando tenía poco más de un año, nos fuimos a vivir a Valparaíso donde hice mi enseñanza básica y media. Soy hija única. Después volví a Temuco a estudiar en la sede la Universidad de Chile la carrera de Química Analista. Una vez titulada me fui a trabajar a Los Angeles y posteriormente me vine a Concepción en 1967 para trabajar en Asmar.

Ingresé al MIR el año 70, y hasta el 73 fueron tres años intensos, maravillosos y durísimos también, ya estaba casada y había nacido mi único hijo. También hacía docencia para los planes de estudiantes trabajadores en la Universidad Santa María.

Días antes del golpe militar, fui viendo algunos cambios en Asmar, había un técnico civil y como 15 días antes apareció con uniforme. El día previo ya se notaba algo raro. El 11 en la mañana yo viajaba en la micro de los técnicos, yo llevaba mi radio a pilas e iba escuchando noticias y al llegar a la Pla-



za del Ancla se subió un marino y ordenó que se bajaran los uniformados y a los civiles nos devolvieron. Eran diez para las ocho de la mañana. Cuando llegué a mi casa, escuché los primeros bandos militares.

De ahí partí a casas de seguridad, mi casa fue allanada muchas veces y tenía que andar escabulléndome. Como no podía seguir así, me fui a Santiago y me asilé en la Embajada de Italia. Debo haber estado poco más de un mes y salí sola con mi hijo.

Mi marido en esa época también partió a Italia, obtuvo trabajo a través de los sindicatos; estuvimos poco tiempo en Roma y después nos fuimos al norte, a Brescia. Me dediqué un tiempo a la solidaridad, formamos un comité por la liberación de los presos, además armamos un grupo de solidaridad con la resistencia chilena. Mi marido trabajaba remunerado en una fábrica, yo hacía todo el resto del trabajo, y vivíamos modestamente, con la maleta siempre lista, así estuvimos 3 años.

A inicios del 76 nos fuimos a Cuba, que era el único lugar que me ofrecía la seguridad para dejar a mi hijo, ya que la idea era volver a Chile y era muy peligroso traer al niño.

Seguí vinculada con el MIR, yo estaba en una base integrada por 3 personas que teníamos en mente el retorno. Había que esperar que estuvieran las condiciones para que pudiera incorporarme a lo que se estaba haciendo para la vuelta, fue un proceso, hubo una etapa de preparación hasta que llegó el momento de tomar el avión. Fue uno de los momentos más duros de mi vida, porque fue el de la separación con mi hijo.

Viajé en noviembre de 1979, no era directo, había que llegar a Europa donde estaban los contactos, me tuve que quedar más tiempo porque hubo un golpe represivo en la zona.

Volví en febrero de 1980, poco después del Festival de Viña. Llegué a Santiago y me vine a Concepción y empecé a buscar un lugar donde habitar y me instalé en Penco, yo traía mis tareas pero había que conocer la realidad para ver cómo se incorporaban dentro de lo que había.

No había partido y fue difícil. Se estaba tratando de organizar. Yo tenía una experiencia de clandestinidad pero distinta, porque acá se sumaba también la ilegalidad. Me establecí con las medidas de resguardo y una de ellas era que no me podía ver con mi familia.

Pero un día me crucé con mi madre en la calle y aunque ella no me vio, a mi casi me dio un infarto porque me dije qué hago si me llama; así que planifiqué un encuentro con mis viejos para explicarles lo que sucedía, en qué estaba y lo que eso significaba. Cuando me detuvieron, llamaron a mi mamá para que fuera a poner un recurso de amparo y ella se negó: "Mi hija no está en Chile", dijo.

El 16 de abril de 1981 me detuvieron. Iba saliendo de mi casa en Penco. Había un terminal de micros y yo había salido para tomar micro cuando se produjo mi detención. Yo me sentía bastante segura en Penco y cuando me detuvieron me doy cuenta de que tenía un punto fijo que era un vendedor de cholgas que se instalaba en la esquina con un saco. Yo no compraba pero pasaba por ahí. Nunca lo asumí. No me llamó la atención.

Fue un gran operativo que afectó a las primeras personas que habíamos ingresado en la operación retorno masiva-

mente. La CNI hizo el operativo y me llevaron primero a los cerros de Lirquén y después a El Morro en Talcahuano y de ahí a Santiago al cuartel Borgoño. Fueron 20 días, tiempo en que no se sabía nada de nosotros. En los interrogatorios y torturas querían saber o confirmar cosas, porque sabían mucho, pero había otras que no sabían.

Cuando aparecimos, a las mujeres nos llevaron al COF de Santiago y a los hombres a la Penitenciaría; estuvimos incomunicados varios días y después de eso nos trasladaron a Concepción. Llegamos a la cárcel de mujeres en Lientur con Camilo Henríquez.

Desde mayo del 81 a agosto del 84 estuvimos en El Buen Pastor, el 23 de agosto nos trasladaron a Coronel.

Estaba más lejos, pero teníamos patio todo el día, estaba abierto desde las 8 de la mañana hasta las 5 de la tarde. Era maravilloso. Se cocinaba un poco, porque siempre recibimos la comida del penal porque no se daban las condiciones para cocinar todos los días, se vivía una situación de pobreza muy grande.

Me acusaron de ingreso clandestino, que incluso tenía pena de muerte, la primera instancia fue de cadena perpetua. Fui a declarar algunas veces. El dictamen del fiscal salió el 83, y después quedé en 15 años que era la pena mínima más 5 por ley de control de armas, más un año y medio por uso de pasaporte falso, era una condena por 21 años y medio, entre medio se pidió el indulto y me lo dieron porque a esa altura se había levantado la prohibición de ingreso y no se podía condenar por eso, me quedaban 6 años y medio y yo llevaba 8 años, así que me quedaron debiendo y salí el 21 de agosto del 89.

Siento que la vida ha sido generosa conmigo, me ha permitido conocer de todo y conocerme yo y también vivir cosas decepcionantes, aún hay un estigma contra los presos, yo al salir no encontraba trabajo. Me pude haber ido de nuevo, pero yo me había venido con otro nombre y ahora que podía estar con mi nombre, no puede ser que me tenga que ir. Estuve haciendo talleres, tratando de sobrevivir. Finalmente encontré una pega en una ONG de Salud donde trabajé hasta que me pensioné. Nosotros fuimos los parias. Lamentablemente no hemos aprendido a tener una memoria más larga rescatando la historia y viendo los aciertos y los errores.

María Candelaria Acevedo Sáez
Ex prisionera política
Detenida el 9 de noviembre de 1983
Coronel

“Por muchos años me sentí culpable de que mi padre se hubiera inmolado”



A los 12 años empecé a militar en la Jota y creo que fue porque me crié con mis abuelos que eran comunistas, a su casa llegaba mucha gente del partido y creo que mi motivación también estaba en lo que esperaba de la sociedad que quería construir.

A los tres años, mis papás, Elena Sáez Retamal y Sebastián Acevedo Becerra me enviaron a vivir con mis abuelos y cuando tenía que entrar al liceo me devolvieron con mis padres porque ya estaba grandecita. Vivíamos en la población La Central, en Coronel y éramos ocho hermanos, cuatro del primer matrimonio de mi mamá y cuatro del segundo.

Me fui a Concepción a estudiar al Liceo Fiscal, en 1973 y ya militaba. Íbamos a hacer trabajos voluntarios en Coronel y éramos hartos. También fui parte de una banda de guerra de la Jota. Mis padres también militaban. Mi mamá era integrante de la JAP durante el gobierno de Salvador Allende, pero nosotros igual hacíamos fila para comprar.

Nos organizábamos para salir a la calle e ir a marchar para defender el gobierno. En esos tiempos salía Patria y Libertad, eran como una cuadrilla con la bandera de la araña y linchacos y nos agarrábamos de repente en peleas. Mi papá trabajaba en Santiago en la Cormu y llegaba los fines de semana a la casa.

El 11 de septiembre escuchamos en la radio que había movimiento de tropas y con mi papá subimos al bus para viajar a Concepción y escuchamos que había un golpe militar nos quedamos mirando y mi papá me dijo: “Te vas a ir al liceo, ahí me vas a esperar, no salgas de ahí, cualquier cosa te voy a buscar”. Yo me fui al liceo, ese día se celebraba el Día del Profesor, llevábamos cosas para celebrar a nuestros profesores, pero no se pudo hacer nada. Pedimos ayuda a una pareja que pasaba cerca para poder salir del liceo con una compañera y nos fuimos donde una tía de ella en la Remodelación Paicavi. En la tarde fui a buscar a mi papá a su trabajo y nos quedamos a dormir ahí, porque ya no podíamos volver a Coronel. Antes de las 6 de la mañana salimos del

lugar y a los pocos minutos llegaron dos camiones con militares y detuvieron a las personas que estaban ahí.

Había la intención salir a defender el gobierno, de tomarse los retenes, y mi papá iba a hacerlo, pero no teníamos nada, las puras ganas no más, igual fueron a una reunión que tenían, pero no pasó nada, así que era mejor resguardarse.

Después del golpe detuvieron a mi abuelo Vicente, y lo llevaron a la Base Naval, estuvo como seis meses desaparecido. También detuvieron a mi hermano José Luis.

Mi papá quedó sin trabajo y pasamos hambre, hasta que entró al POJH a trabajar en la parte administrativa, era un sueldo miserable, y mi papá lo suplía con una caja de alimentos que daba la municipalidad y también saliendo a pescar, que era su entretenimiento. Igual hubo momentos en que no había nada y nos arreglábamos con un té y un pan.

Nos empezamos a ubicar con los compañeros, a saber dónde estaban para ver qué podíamos hacer y nos empezamos a reorganizar de a poco. El 81 hubo una huelga de los mineros, y fuimos participes activos, se hizo una olla común y un mural. Participábamos en todas las actividades que nos permitieran ir concientizando contra la dictadura.

Después empezamos a conformar bases de la Jota donde teníamos mucha más gente y más actividades. En los primeros llamados a protestas salíamos a instalar barricadas, cortar la luz, tirar panfletos, poner miguelitos, todo lo que se nos pudiera ocurrir. Usábamos chapas, no me llamaba María, mi chapa era Fabiola; se empezó a reorganizar más fuerte la oposición a la dictadura y fui parte de eso.

Era encargada de finanzas de mi base, pero también tenía el cargo de Coordinadora Orgánica de las JJCC de Lota y Coronel. Eso significaba que yo tenía que hablar con los orgánicos de cada base de la Jota, que eran hartos, y además conocía a muchos compañeros, en las circunstancias en que estuve era clave, después nos dimos cuenta de que la CNI no sabía eso.

Me detuvieron en mi casa, la mañana del 9 de noviembre de 1983. Me vendaron la vista, me esposaron y me subieron a uno de los furgones y me llevaron a un lugar que estaba cerca del mar, sentía pasar el tren y la locomoción. No lo conocía, pero después supe que era un recinto del Ejército en Playa Blanca.

Estuve tres días y siempre con la vista vendada, sabía que estaba mi hermano Galo porque me carearon con él, aunque cuando me pusieron frente a él dijo: que no me conocía. "¡Cómo no vai a conocer a tu hermana!", le reprochaba. Fue bien complicada esa primera parte.

Mientras estuve encerrada, pero sobre todo en los interrogatorios, yo pensaba en otra cosa, en especial cuando me empezaron a preguntar por mis hijos, mi familia, mis hermanos, y me amenazaban con que si no hablaba le podía pasar algo a ellos. Pero yo seguí insistiendo que era militante de la Jota, que no tenía cargo y de ahí no salí. No tenía espacio para pensar en otra cosa que no fuera en lo que estaba enfocada.

Mientras, mi papá nos andaba buscando por todos lados. Un día me sacaron y me llevaron a mi casa sin decirme mucho. Golpeo la puerta y me abre una de mis hermanas y me dice que mi papá se había quemado (Sebastián Acevedo se inmoló al lo bonzo el 11 de noviembre de 1983, frente a la Catedral). Me llevaron a Concepción al hospital donde me identifico y entre todos se miran, yo solo quería hablar con mi papá. Preguntaron si estaba en condiciones de recibirme y él contestó que no; al final hablamos por teléfono. Fue la última conversación que tuvimos.

A fines de noviembre me llegó una citación de la Fiscalía, y me presenté, me dejaron incomunicada por 5 días y después quedé detenida, procesada por Ley de Control de Armas y Explosivos, el 30 de noviembre de 1983. Me enviaron al Centro Femenino El Buen Pastor, administrado por monjas, donde estuve hasta el 23 de agosto del 84, cuando nos mandaron a la cárcel de Coronel. El 8 de febrero de 1985 me dieron la libertad bajo fianza. Me condenaron a 541 días y estuve 14 meses detenida.

Volví a hacer mi trabajo partidario, y salí a la parte pública. Por muchos años me sentí culpable de que mi padre se hubiera inmolado, pero después entendí que fue su decisión.

Si hay que estar en algo, estoy, mis padres me entregaron principios y valores de solidaridad, de compañerismo, de estar al lado del que necesita, y eso es lo que hecho estos años y es lo que voy a seguir haciendo.

Juan Polizzi Contreras
Ex prisionero político y relegado
26 de noviembre de 1984
Concepción / Punitaqui

*“No hice ni más ni menos
de lo que había hecho antes”*

Mi padre fue un personaje bien especial, fue empleado municipal, pero también acogía a niños que tenían problemas y andaban en la calle vagando. Vivíamos en una casa antigua muy grande y ahí nos criamos todos en comunidad. Creo que de ahí viene esto de lo social que llevamos todos en la familia.

Me crié en el barrio Chillancito, en Concepción, que era un barrio famoso y muy bravo, había dos ferias de vacunos y estaba el matadero municipal. Pasé por muchos colegios. No me gustaba el sistema y nunca me pude encasillar, me fue difícil estudiar, me echaban y tenía que cambiarme de colegio. Terminé a trastabillones en el Liceo Comercial, el año 76.

Contra la voluntad de mi papá, en 1967 empecé a trabajar, él no quería que trabajara, sobre todo en el verano porque nos pescaba a todos y nos llevaba al río Andalién y ahí nos hacía una especie de campamento.



El 67 yo practicaba boxeo en Penco y me dieron trabajo en la Crav cargando bolsas de azúcar, estuve un tiempo, salí de ahí y me fui a la construcción; también estuve en Vía Sur y después entré a Huachipato. Ahí me metí en el mundo sindical y fui delegado de departamento.

En la época de Allende tuvimos un poder adquisitivo muy grande, había cosas que compramos en mi casa que hoy no podría, había poca carne pero íbamos al puerto y traíamos bolsas de mariscos. Se le hizo una guerra muy fuerte desde el momiaje.

Para el 11 de septiembre de 1973, yo había trabajado de noche, llegué a mi casa, me acosté a dormir y de repente siento a mi mujer que estaba llorando y me dice: “Mataron al compañero Allende”. Fue un gran impacto, no sabíamos qué hacer. Nosotros vivíamos en los Huertos Familiares en San Pedro. Nos fuimos a Concepción a ver cómo estaba la familia y el viejo nos metió a todos en la casa.

Seguí trabajando pero fue duro. En la ida al trabajo nos hacían bajar del bus, nos ponían afuera y nos revisaban los documentos. Huachipato estaba intervenida por los cosacos, a pesar de eso, al poco tiempo se empezaron a hacer pequeñas muestras de resistencia. Se dejaba corriendo el agua o las luces prendidas. Era una forma en que los viejos se sentían empoderados, no sé de donde salieron las iniciativas, pero se fue agarrando fuerza y se hicieron cosas, por ejemplo, los fierros que salían de la empresa iban con mensajes extremido. Hasta que se organizó el Frente de Trabajadores Libres que iba desde la IC hasta los anarcos, creo que fue el 78, ahí empezamos, fue la primera organización.

En las primeras manifestaciones en Concepción andaba Adrián Fuentes, Antonio Deij, Humberto Fernández, y de repente nos empezamos a contactar y hacer pequeñas marchas que salían de "Donde Golpea el Monito" hasta Carrera, era una cuadra, llegábamos a la esquina y las viejas que vendían lechuga nos tiraban las cuestiones: "¡Váyansen extremistas que no nos dejan trabajar!", nos gritaban y los pacos a la cola y nosotros haciéndonos humo, creo que tirábamos panfletos, eran cosas mínimas las que podíamos hacer.

Siempre he sido independiente, soy anarquista, anarco sindicalista toda la vida y siempre he estado por la organización.

Nunca fui candidato a dirigente del sindicato. El 84 me jubilé porque me operaron de la columna, para entonces se había formado el MAS, Movimiento Alternativa Sindical, que también se replicó en Chiguayante y en Tomé, era una alternativa a los partidos.

Me integré al Tasy, Taller de Análisis Sindical y Social, que nació de una idea de Juvenal Candia, ex dirigente gráfico. Era un espacio de reflexión y capacitación, pero también de agitación. Ahí nació la prensa popular.

Caí muchas veces detenido en manifestaciones, siempre públicamente, nunca me oculté. Yo pensaba que una forma inteligente de pelear con los milicos era dándoles la cara.

El 25 de noviembre de 1984 había una protesta. Yo estaba en el Tasy y como sabían que ahí planificábamos protestas y marchas se nos dejaron caer, estábamos en Estado de Sitio y no había que hacer reuniones. Habíamos salido ya, éramos cuatro, íbamos por Colo Colo a Carrera, nos rodearon unos autos a toda velocidad y se bajaron unos tipos con ametra-

lladoras. Eran de la CNI. Nos echaron a un furgón, nos mataron y de ahí nos llevaron a la Cuarta Comisaría y nos tuvieron 5 días incomunicados.

Un día nos sacaron y nos dijeron que nos íbamos todos relegados. La CNI nos trasladó. Se iban deteniendo en pueblitos y se bajaban algunos. Nos amedrentaron todo el camino. En Ovalle nos separaron, a mí y a una compañera nos tomó Investigaciones, nos metió a un furgón y nos llevaron a la tenencia de Punitaqui. El cura del pueblo nos pasó una casa que estaba a medio hacer, y ayudamos a terminarla.

Los primeros días fueron penca porque teníamos que ir tres veces a firmar, no sé para qué si no podíamos escapar del pueblo. No podíamos recurrir a nadie, la gente se arrancaba de nosotros, nos veían y atravesaban la calle, pero un día el cura se mandó un sermón y arregló la situación llamando a ayudar a la gente que el Señor había puesto ahí, o sea, nosotros. Después de eso la gente comenzó a acercarse, en la noche nos golpeaban la puerta y salíamos y había un pollo afuera o cualquier cosa, se desarrolló toda una acción de solidaridad clandestina.

En la casa no teníamos luz ni agua, teníamos que ir a buscar agua donde la mamá de la secretaria del cura y ahí nos íbamos a bañar en la mañana con una manguera. Una cosa que fue bien simpática, ocurrió con el Adrián Fuentes que estaba en Huará y empezamos a mandarnos cartas. Yo le escribía: "Bando N°1, se nombra a Adrián Fuentes como ministro del trabajo", y me contestaba: "Acepto compañero", así se generó toda una cadena de cartas bien simpática.

Éramos cuatro los relegados y lo que hacíamos era leer, conversar, caminar por el pueblo y buscarle conversa a la gente, nada más. Estaba prohibido trabajar y recibir solidaridad, aunque la tuvimos igual.

Estuvimos relegados hasta febrero de 1985 y pese a todo lo vivido fue una buena experiencia. Yo creo que no hice ni más ni menos de lo que había hecho antes.

Yolanda Concha Rojas
Ex prisionera política
13 de diciembre de 1985
Concepción



“A mí no me quebraron”

Nací en Barrio Norte, en Concepción donde viví gran parte de mi infancia y mi adolescencia. Éramos siete hermanos, mi papá era obrero y mi mamá dueña de casa, y tuvimos una infancia pobre pero con mucho amor, con papás muy preocupados de que nosotros no viviéramos necesidades. Ellos eran muy luchadores, mi papá militaba en el Partido Comunista y siempre nos contaba sobre los movimientos de la clase obrera. Y por eso me hice militante muy joven. Dos hermanos también militaban, pero no con la entrega que yo tenía.

El 11 de septiembre muy temprano mi papá había escuchado las noticias y cuando nos levantamos nos dijo: “Hay golpe de estado y es irreversible”. Es difícil describirlo, qué va a pasar, qué va a ser de nosotros, eran las interrogantes. Un hermano que también tenía responsabilidades me dijo que me quedara en el sector y que me avisaría cualquier cosa. Acepté y coordiné desde la casa. Empezó a llegar gente a preguntar qué hacemos.

Llegó un momento en que salí de mi casa, nos juntamos muchos jóvenes y decidimos que cada uno se fuera a su frente y esperáramos algún llamado o algo que nos dijera que esto había pasado. Por seguridad mis papás y mis hermanos salieron de la casa, llegaba mucha gente y había que resguardar la seguridad de todos.

Una vez nos juntamos como 20 jóvenes en un cerro de Barrio Norte y no teníamos mayor información, la represión era fuerte, antes de despedirnos nos abrazamos y nos deseamos lo mejor. Fue un abrazo eterno, con mucho llanto desolador.

Mi hermano cayó detenido el mismo 11 y tuve que ocultarlo a mis papás. Me llegó la noticia que habían matado a unos jóvenes y dentro de ellos estaba mi hermano, yo no sabía cómo decirle a mis padres, después supe que no era él. Lo llevaron a la comisaría, después al Estadio y a la Isla Quiriquina. Yo siempre dije que estaba en una casa de seguridad.

Mis papás volvieron a la casa, la situación era compleja, algunos vecinos estaban en mala onda. Ellos querían saber qué pasaba con mi hermano y conmigo. Yo volvía a la casa y conversaba con ellos. Así fueron los primeros meses.

A pesar de todo, no lograron mantenerme encerrada, yo necesitaba saber cómo estaban los demás y salía y me arriesgaba. Hubo momentos en que me pilló el toque de queda en la calle con otros compañeros.

Yo creo que no tenía orden de detención en mi contra, pienso que haber sido tan conocida en el sector me ayudó, me protegí de alguna forma.

Estábamos en la clandestinidad, sobre todo los dirigentes, que estábamos expuestos a todo, pero a pesar de eso asumimos muchos riesgos. Vino después una frustración muy grande, una desorientación tremenda. Muchos de nosotros nos empezamos a casar, queríamos armar familia, fue terrible quedarse sin nada. Nos quedamos en espera, en pausa.

Salí en libertad mi hermano y lo que vivió fue terrible. Lo llamaron al Servicio Militar y tuvo que hacerlo, pero lo pasó muy mal.

Me casé y me fui de Concepción, estuvimos en Lautaro y en Collipulli, y pude hacer algunas cosas, porque tenía menos temor de ser reconocida. En lo personal vivimos situaciones complejas, mi esposo que no era militante, simpatizaba con el partido; él trabajaba en el hospital de Lautaro y lo despedieron, y ahí empezó un deambular porque lograr un trabajo fue difícil, económicamente lo pasamos muy mal. Empezó a trabajar haciendo muebles, se instaló, pero al poco tiempo se quemó todo y nos quedamos a brazos cruzados. Estuvimos hasta el 77 y volvimos a Concepción. Tenía dos hijos.

El trabajo político siguió siendo clandestino, me integré más de lleno en los ochenta. Con las protestas nos empezamos a articular con otros, no solo en Barrio Norte, me involucré cada día más, fui dirigente clandestina del partido, fue un trabajo hermoso, con mucha creatividad.

El 13 de diciembre de 1985, con un gran despliegue civil, llegaron a detenerme a mi casa. Tiraron la puerta abajo y registraron todo. Me sacaron de la casa con la vista vendada y me hicieron subir a un vehículo. Para tratar de saber a dónde me llevaban, empecé a contar, anduvimos bastante tiempo, y de repente llegamos a un lugar, me bajaron y me

sentaron y me di cuenta de que no era la única. Empezaron los interrogatorios. No sé cuánto tiempo pasó. Éramos dos mujeres y dos hombres, lo supe después. En un momento nos lavaron con colonia inglesa, y nos dijeron que venía un personaje internacional a vernos y que hablaría con nosotros. Llegó y se presentó como Fernando Volio, (Relator de Derechos Humanos de la ONU) lo único que le pedí fue que se preocupara de mis hijos.

Después de eso nos procesaron y yo pasé al Centro de Orientación Femenina El Buen Pastor con Ana Sandoval y a los compañeros los enviaron a Chacabuco 70. Cuando llegamos fue difícil la situación, no estábamos con las comunes, sino en otro sector. Estaba Aída Baeza que era del MIR y fue de gran ayuda. Mucha gente iba a vernos, a veces no alcanzaban a entrar todos, ese apoyo fue muy bueno.

Como nos empezamos a involucrar en varias situaciones, las monjas decidieron que debíamos dejar el COF. Nos dijeron que debíamos tomar nuestras cosas porque nos iban a trasladar pero no nos dijeron a dónde. Nos subieron al vehículo de Gendarmería y nos mandaron a la Cárcel de Coronel. Ahí nos encontramos con otras tres prisioneras políticas. Las condiciones eran muy diferentes, podíamos cocinar nuestros alimentos y teníamos acceso al patio.

Una hermana se hizo cargo de mis hijos, que vivieron momentos complicados. Yo salí en diciembre de 1986. Fui condenada a pena remitida, pero tenía que ir firmar a la Fiscalía, fue difícil porque apenas llegaba, era insultada.

Salí con mucha rabia de la cárcel y de una u otra forma tenía que involucrarme por lo que yo había pasado para no permitir que otros vivieran lo mismo y dije no había otra forma que integrarme a la Agrupación de Familiares de Presos Políticos y también seguí siendo militante, y ha sido mi trabajo desde 1986 en que estoy en derechos humanos y en lo público.

Hago el análisis que a pesar de los momentos difíciles que he vivido, soy una persona afortunada porque tengo una gran familia y el aprendizaje de todos estos años es grande, me he desarrollado en todos los aspectos. He hecho lo que me planteado y espero seguir haciéndolo. A mí no me quebraron.

Oclides Anríquez Ulloa

Ex dirigente poblacional

Década de los ochenta

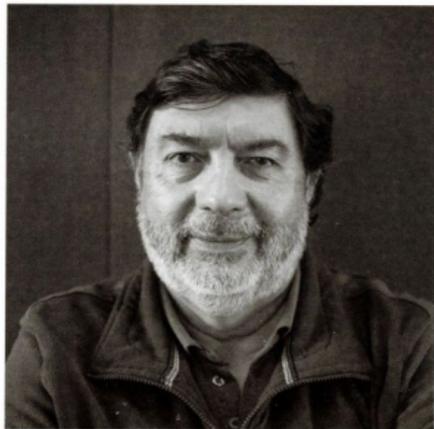
Hualpencillo

“El gran aporte que hicimos fue recuperar la democracia”

Soy nacido y criado en Talcahuano, el 13 de enero de 1960. A los 7 años nos trasladamos a Hualpencillo. Cuando tenía 10 años vienen las campañas políticas y mi padre, que era obrero de Emporchi, entró a militar al MAPU.

El 11 de septiembre lo recuerdo bien. Mi papá discutía todos los días con su vecino, que era demócrata cristiano, el 11 no discutieron. Yo tenía 13 años, recuerdo que nos levantamos y mi padre se puso a escuchar las noticias. Mi mamá me pidió que fuera a buscar a mi hermano chico a la escuela porque no era un día normal, en las calles se percibía. Cuando llegó la noche la situación fue más compleja, las noticias hablaban que Allende había muerto. Empezamos a captar que lo que venía no era bueno.

Se empieza a vivir una historia de terror, mi papá llegaba todos los días y se encerraba con mi mamá y conmigo y escuchábamos las noticias de radio Moscú, era como un ritual,



hasta que en diciembre mi papá dijo:” No más, nos vamos a volver locos y se acaba la radio Moscú”.

En paralelo vivíamos otra situación, que era la prisión de los amigos y conocidos; nos preguntábamos cuándo le iba a tocar a mi papá, era una cosa terrible, vivimos mucho tiempo esa incertidumbre. Finalmente a mi papá nunca lo tomaron preso, revisaron sus datos y vieron que nunca faltó a su trabajo durante la UP. Iba a trabajar todos los días.

En todo el periodo del liceo yo me dediqué a estudiar hasta el 77; mi papá empieza a sobrevivir y nuestros contactos con la política son cada vez más lejanos. El 77 dejo de ser el muchacho que sufría por la dictadura y me convierto en el muchacho que ingresa a la universidad en 1978 y me sumo a los grupos juveniles. Ingreso a Ingeniería Civil Química a la Universidad de Concepción. Yo estudié en La Ascunción, era un niño pobre de Hualpencillo y me veía inferior al resto, aunque era el mejor alumno.

En ese tiempo no había nada en el movimiento estudiantil, pero yo entré a estudiar y a pasarlo bien. De a poco empezaron las primeras movilizaciones hasta que me llega el primer panfleto con las medidas que promovía el Comando Nacional de Trabajadores y todo mi chip de la buena vida se fue al suelo. Eso fue el 83. Ahí me instalé en la iglesia, en mi barrio se organizó un grupo cultural y me tocó presidirlo. Empezamos a estudiar las enciclopedias y Puebla. Y después seguimos con los Teleanálisis, teníamos amplia capacidad para discutir de política.

En Huapencillo se empezó a generar una organización de pobladores, la OPH que estaba constituida por el MIR, el MAPU, el PC. En ese tiempo yo no tenía militancia, estábamos contra Pinochet y la dictadura. Yo estaba oscilando entre el MIR, que me seducía, pero no estaba tan convencido del uso de las armas, porque si entraba en esa línea era romper con la familia.

Entramos con un grupo de amigos en la OPH. Nuestra presencia era importante porque aportábamos a las marchas y a las barricadas. El 5 de octubre del 85 hubo una protesta y nos dijeron que nos encargaríamos de dos barricadas, una la tenían los partidos y la otra nosotros. Eso se hacía en la noche. Nuestra barricada partió a las 7 y no se apagó nunca. La otra se apagó.

Fuimos a reponer la barricada apagada y cuando estábamos en eso, sentimos balazos y el grupo salió corriendo con los militares detrás, el grupo siguió por un lado y yo por otro y corrieron detrás de mí disparando. Yo salté un cerco y me metí en una casa y los milicos entraron disparando, me encontraron en una pieza y me llevaron. Me estaban pegando y dándome con todo, pero me pude sacar el reloj y se lo pasé a la señora de la casa. Me llevaron al lugar de la barricada y me tiraron a la llama, no me quemaron, y me subieron al jeep de los milicos y me tiraron de lado a lado en el suelo, y me iban golpeando las manos. Subieron a otros detenidos. Era una masa de gente. Nos subieron a un camión y éramos 12. Nos llevaron a la comisaría y estábamos hechos pedazos, era puro dolor, toda la noche.

Al día siguiente los pacos nos sacaron y nos llevaron a la Base Naval, a la Fiscalía Naval donde había mucha gente. Cuando llegué al mesón me dijeron que firmara un papel y yo me negué, pedí leerlo antes. Me hicieron sentarme para leerlo, pero igual me negué a firmarlo porque decía que yo traía armas, al final tuvieron que cambiar el documento y ahí firmé.

Después de eso me mandaron a la cárcel. No nos dejaban ver a nadie. Recién una semana después pude ver a mi familia, en mi cara no se veían los ojos, estaba desfigurado. Tuve posibilidades de morir varias veces. Estaba en la cárcel de Talcahuano y era horrible. Fue mucha gente a verme, compañeros de curso, también algunos profes, el cura Jaminet, a esas alturas yo sabía que era difícil que me mataran. Estuve una semana en la cárcel. Todos los que me visitaban me llevaban regalos y después los repartía, lo cual me transformó en un hombre muy poderoso dentro de la cárcel y los patos malos me cuidaban.

Cuando salí de la cárcel volví a la universidad y ahí me hice militante. Vino a hablar conmigo gente del MAPU, también tenía la presión de la IC para integrarme, pero opté por el MAPU. Fue por historia, asumí que era tiempo para tener una militancia política, seguí el legado de mi padre, pero fue una decisión personal.

En la universidad nunca fui dirigente, no me integré al movimiento estudiantil, sí al poblacional. El 87 me casé, tuve dos hijos. Salí de la universidad el 86, titulado como ingeniero y estuve una semana cesante. En octubre empecé a trabajar en una pesquera como jefe de costos y me iba bien. Hasta que un día el jefe me dijo: "El domingo tenemos que ir a esperar a Pinochet", y yo me negué, y ligero me despidieron. Quedé cesante y dos meses después me llamaron de la Escuela Sindical Concepción, Esico, como asesor sindical.

Nunca dejé de ir a las protestas, tuve la mala suerte de caer preso y fue suficiente para el resto de mi vida.

El gran aporte que hicimos fue recuperar la democracia y para esto tuvimos que pagar con muchas vidas. El legado nuestro fue haber recuperado la democracia, comprometernos cuando era necesario. Y el error fue no haber sostenido con esa misma convicción la democracia.

Luis Pardo Seguel
Ex dirigente estudiantil
Universidad del Bío Bío
Década de los ochenta
Concepción

*“Hubo mucho compromiso
y no me arrepiento, si lo tuviera
que hacer lo hago de nuevo”*

Nací en Concepción, en el sector del Estadio Regional, donde estuve hasta los 9 años. Provengo de una familia pequeñísima compuesta por mi abuela y mi madre. Con mucho esfuerzo se metieron en un sistema de cooperativa que compró terrenos en Hualpencillo durante el gobierno de Frei Montalva, estaba urbanizado, pero faltaban las casas. Eso se paralizó en el gobierno de la UP. Producto de las malas condiciones, se autorizó a algunas familias a ocupar esos terrenos, así que provengo de un sector que le tuvo miedo a la UP.

Nos fuimos a vivir ahí y estuve un año transitando entre Hualpencillo y la escuela de Collao, a una distancia enorme. Después me trasladé a una escuela en Hualpencillo. No había locomoción en ese sector entonces y había que caminar. De ahí me fui al Liceo Industrial de Higuera. En tercer año me acerqué a la iglesia, por un lado para buscar alguna respuesta a preguntas existenciales, pero también para alejarme de la droga, la marihuana y las pastillas que eran fuertes y mi hermano mayor estaba en ese círculo.



Recuerdo que para el golpe de Estado del 11 de septiembre yo estaba durmiendo, mi abuela tenía su cama al lado y me dijo algo así como hubo un golpe y la senti con mucho temor; mi familia no era metida en política ni tengo familiares presos políticos ni detenidos desaparecidos.

Cuando ingresé a las comunidades cristianas se me abrió un mundo por el lado valórico, de poder conversar más profundo sobre la solidaridad, la injusticia y ahí sentí que comenzaba la vertiente política que tiene su raíz por el lado de las comunidades cristianas.

Yo todavía no militaba, recién en 1983 entré a la Resistencia Popular. Era un movimiento ligado al MIR, un órgano de captación y que realizaba acciones de resistencia a la dictadura. Así llegué a la OPH, Organizaciones Populares de Hualpencillo, un grupo de jóvenes de esa comunidad que se hacen parte de la resistencia, incipiente también, junto con gente que era de la juventud del MIR, de la Jota, socialistas, básicamente jóvenes, entre los 17 a 27 años.

Ese mismo año me ofrecieron entrar al MIR, pero no compartía su visión, y me retiré de la Resistencia, pero seguí participando de la OPH.

Los que organizábamos las acciones éramos un grupo pequeño, no más de ocho, cuando la barricada estaba lista aparecía la gente, podían llegar a cincuenta.

Nos reuníamos una vez a la semana, dependiendo del periodo, si había convocatoria nacional, era más frecuente. Todos teníamos el mismo derecho a decidir, era una mezcla de organizaciones y partidos.

Mi madre y mi abuela nunca me prohibieron, pero ellas sabían, me veían los panfletos y los boletines; me imagino que para ellas debió haber sido terrible que yo saliera a las 9 de la noche, previo a las protestas, y no saber si iba a llegar.

Entre 1980 y 1983 estudié en la Universidad Técnica Federico Santa María la carrera de Técnico Superior en Electricidad. El movimiento estudiantil era muy incipiente entonces. Soy parte de la generación que protestó por primera vez en el casino haciendo cuchareos.

Rendí de nuevo la Prueba de Aptitud Académica (PAA) e ingresé a la Universidad de Concepción, pero se abrió un plan para titulados en la UBB y me fui, ingresé en 1985, el 84 estuve en pausa.

En la UBB decidí ser militante. El MIR no me gustaba, el PC tampoco, me quedaba el PS pero no me convenció, y la Izquierda Cristiana sonaba bonito, pero más que eso, creía en todas las formas de lucha. Así que me acerqué a la IC, había harta gente a mi alrededor que militaba y me convenció que llevara el apellido de cristiano, y que no fuera fundamentalista me sirvió para legitimar que los cristianos podemos tener opciones de izquierda. Así que en 1985 decidí militar en la IC.

Venían las elecciones de la UBB, y surgió la posibilidad de llevar candidatos, me preguntaron y acepté. Se hizo la elección y llegué a la vicepresidencia. Los años 85 y 86 son muy fuertes en movilización. Antes de la Federación hubo una coordinadora de los Activos Democráticos que articulan el movimiento estudiantil en la UBB, que parte con una serie de acciones muy aisladas y terminan conformando el colectivo Activos Democráticos el 83, con mucha gente de izquierda, con distintas acciones. Eso lleva a la elección de la primera

FEUBB en dictadura, dirigida por un DC y que es la federación saliente a cuando yo ingresé.

El 85 empezó la escalada de movilizaciones, nos tomamos la U y no se hicieron exámenes, fue bastante duro, comienzan los sumarios y nos suspenden a algunos dirigentes por 2 semestres y con prohibición de ingreso, yo seguí como dirigente y al año siguiente fui a la reelección. Me hicieron un sumario por una denuncia de un profesor que dijo que lo agredí, algo que no fue cierto, antes había tenido otro sumario por una toma.

El 87 caí preso luego de una marcha de estudiantes de la UBB al centro de Concepción. Yo había corrido a refugiarme a la sede del Codepu y carabineros cercó y allanó el lugar y me detuvieron junto a otros jóvenes. Nos llevaron a la Primera Comisaría donde pasamos la noche. Al otro día me pasaron a la Fiscalía Militar con un operativo gigante de carabineros. Nos tomaron declaraciones y junto a otros compañeros pasamos detenidos e incommunicados a Chacabuco 70. Los otros fueron saliendo hasta que quedé yo y estuve dos meses y medio. Los cargos fueron transporte de armas, daños a la propiedad pública y fiscal, convocar a la paralización de actividades, agredir a carabineros, militar en una célula extremista, pero nada de eso ocurrió en realidad. Se fueron desestimando los cargos, hasta que quedé encargado reo por agresión a carabineros sin causar lesiones.

Creo que los ochenta fue una época de mucho compromiso, yo tenía mi vida socioeconómica hecha trizas, vivía con menos del mínimo. Después que estuve en la cárcel abandoné las comunidades el 87 y centré mi tiempo en la causa política y el partido. Había egresado y tenía un título que nunca ejercí. Hubo mucho compromiso y no me arrepiento, si lo tuviera que hacer, lo hago de nuevo. Se pagan costos, pero aquí estamos...

Jorge Oyarzún Castañeda
Ex dirigente estudiantil
Universidad de Concepción
Década de los ochenta

*“Uno nunca dimensiona
la magnitud de la ferocidad
de la dictadura”*

Vivíamos al lado del Regimiento Buin, en Recoleta, Santiago, donde mi padre se desempeñaba, él era militar de la Escuela de Infantería. Éramos tres hermanos. El Regimiento Buin era como el patio para nosotros, cuando niños jugábamos en las canchas hasta antes del golpe, y había un ambiente bien familiar y afable.

Para el golpe yo tenía 10 años y me acuerdo perfectamente. Para ir a la escuela desde la población cruzábamos todo el regimiento y llegábamos a El Salto. Cuando volvimos el lunes 10 a las cinco de la tarde, íbamos entrando y vi que los militares estaban con cascos de acero, y cada una de las compañías tenía su arsenal afuera y estaban ordenando las tropas. Después supimos que al otro día no había que ir a clases.

El 11 en la mañana empezaron los bandos, uno tras otro. Yo estaba en la casa y vi los Hawker Hunter, los aviones salían por detrás del San Cristóbal, daban la vuelta cerca del Manquehue y enfilaban a La Moneda. Fuimos testigos desde la



población militar en El Salto cómo los aviones bombardeaban el centro de Santiago. Los días posteriores fueron complejos porque hubo tiroteos.

Mi viejo era un hombre apasionado de tocar el acordeón, le gustaba salir de parranda, pero siempre muy preocupado por nosotros. No estubo metido en nada, siempre se mantuvo alejado. El tenía una visión decente de la vida militar.

Tenía ganas de estudiar Humanidades, particularmente Filosofía, pero también quería ser militar. Postulé a la Escuela Militar y a la de suboficiales, quedé y duré cuatro días, me di cuenta que no tenía nada que hacer ahí. Era la época de la Constitución del 80, veía los debates en la calle, caminaba por el centro rompiendo la propaganda del Sí, pero no pude votar porque no tenía la edad.

La decisión la tenía clara y me preparé para irme de Santiago; mi hermano se había venido a Chillán, al final consiguió traslado a Concepción y hogar donde vivir, lo que permitió

con más certeza que me pudiera venir, con lo recursos escasos de la familia

MI opción era Filosofía, fue una decisión personal, de la que no me arrepiento porque a partir de eso he tenido una vida que tiene de todo, de bueno, de malo, he conocido gente extraordinaria. Me vine a la Universidad de Concepción con ganas de participar.

Me encontré con un movimiento estudiantil muy golpeado y que estaba enfrentando una consecuencia de la nueva Constitución que era la liberalización de la educación. Se formó una asociación estudiantil que se llamaba Haití, que sacó una revista, fue la pantalla para tener un instrumento para que funcionara el consejo de delegados y nos permitía hacer algunas actividades de tipo cultural bajo ese paraguas. Fue un año muy activo el 81.

El 82 fue el despertar, pero hacia finales del año, yo sentía que me faltaba algo, que me estaba perdiendo decisiones y conspiraciones para hacer más eficaz el trabajo de terminar con la dictadura. Hubo una reunión en la Parroquia Universitaria, de los veinte que habíamos, 19 eran de la Jota. En abril de 83 entré formalmente a militar, me sentía de izquierda, tenía una cierta admiración por lo que había leído sobre la cultura comunista.

El 84 vino el desalojo de la universidad. Las protestas a todos nos cambiaron, yo militaba y tenía claro los riesgos. Nos juntamos el 27 de marzo en la primera movilización estudiantil y salimos contentos: a una gran marcha, pero los pacos nos pararon en la Diagonal y cuando estábamos en los enfrentamientos, sentimos balazos y se escuchó que había caído un cabro. Cuando vi ensangrentado a Caupolicán Inostroza, alcancé a tomarlo un momento, llegó otro grupo y se lo llevaron como pudieron al hospital y después supimos que había muerto.

Septiembre fue muy complejo; teníamos muchas facultades tomadas, yo estaba a cargo de la Facultad de Educación. La gran discusión del 5 de septiembre del 84 era quedarnos en una sola toma en Biología. Las reuniones de la FEC se hacían en el café del Foro, y el acuerdo fue que solo dirigentes se quedarían en la toma. Estábamos en eso cuando nos avisaron que carabineros estaba cercando y que se iban a meter y llegaron uno corriendo y gritando que venían los pacos. Fue muy duro el desalojo. Detuvieron a más de cien, nos llevaron al refrigerador que era un camión cuadrado de los pacos. Nos

llevaron a la Primera Comisaría, ahí nos ficharon a todos. Salimos a las 5 de la mañana.

Tanta intensidad me hizo descuidar los estudios y a comienzos de noviembre me llamó un profe de la carrera para que suspendiera porque de lo contrario podría perder la carrera y tuve que hacerlo.

A fines del 84 quedé atrás la universidad, sin tener nada claro que hacer, pero sabiendo que no podía seguir en Concepción. El 85 me fui a Valdivia y me vinculé a la dirigencia estudiantil de la Universidad Austral. A principios de marzo de 1986 volví y hasta mi detención tuve una actividad muy intensa en la Jota. Mi chapa, una de las tantas que tenía, era Luis. Estaba en el centro de Concepción cuando escuché la noticia del atentado a Pinochet y me di cuenta que se venía dura. Yo sabía que estaba muy expuesto, las semanas previas habían sido de mucha adrenalina. Tengo la tranquilidad que no le hicimos daño a nadie.

Yo estaba viviendo en Hualpencillo y en esa casa estaba solo al momento en que me detuvieron el 10 de septiembre de 1986. Había despertado a las 6 de la mañana, empecé a fumar un cigarro, y estaba repasando todo lo que tenía que hacer en la mañana, y de repente sentí golpes fuertes, me levanté y abrí la puerta y el primero que entró fue un encapuchado con una Aka que me apuntaba al pecho. Me llevaron al cuartel de la CNI en O'Higgins. En algún momento me llevaron a Lota, capturaron a algunos más y nos llevan al cuartel de Playa Blanca. Estuvimos ahí cuatro o cinco días. Me llevaron a la Fiscalía y después me enviaron a la cárcel de Chacabuco 70. Tenía entonces 23 años. El largo proceso partió con una acusación de 15 años, pero después se fue decantando y quedé solo con Ley de Control de Armas con pena aflictiva pero remitida y cuando salió la condena ya tenía los dos años cumplidos. Salimos 20 días después del plebiscito del 5 de octubre de 1988.

Me acuerdo casi todos los días de los años vividos en dictadura, de lo que se entregó, creo que en realidad nuestra batalla fue épica, no fuimos mezoquinos, no puedo merecer nada incluyendo la cárcel, porque fue parte de una decisión que fuimos tomando colectivamente y también individualmente, sabíamos en lo que nos estábamos metiendo, pero al final uno nunca dimensiona la magnitud de la ferocidad de la dictadura.

Paz Macaya Aretxabala

Ex dirigente estudiantil
Víctima de ultraje sexual
Década de los ochenta
Concepción

*“Me queda la satisfacción
de no haberme dejado destruir”*

Mis padres eran comunistas desde muy jóvenes; mi padre se fue a Coyhaique inicialmente como médico general de zona porque quería ser colono en el sur; vivimos allí casi 12 años, entre el 56 y el 68. Éramos tres hermanos.

Cuando volvimos a Santiago, mi papá tuvo un cargo en el área de epidemiología del Ministerio de Salud y fue una de las manos derechas del ministro de Salud de Allende. Y mi mamá se metió a trabajar en la U de Chile. Nosotros vivíamos a una cuadra de la casa del tío Salvador, que iba habitualmente a nuestra casa a coordinar con mi papá actividades de salud.

Para el golpe del 11 de septiembre, nosotros habíamos llegado un poquito antes del liceo, habíamos vuelto caminando porque no había micros, estaba todo muy complicado. Al poco rato de llegar empezó el bombardeo de la casa de Allende y fue como estar en guerra, nos escondimos en el baño hasta que terminó. Yo tenía 14 o 15 años, mi hermana 13 y mi hermano 7 años; mi hermana y yo habíamos sido



muy activas durante la UP, yo participaba en el centro de alumnos del liceo y en la Brigada Ramona Parra, así que el día el golpe fue algo horroroso.

No vimos a nuestros padres durante meses, sin saber si estaban vivos o no. Un cuñado de mi papá, médico también, nos fue a buscar como a las 4 de la tarde. Quedamos en casas distintas y en uno de esos días mi papá nos llamó para decirnos que nos amaba y que lo más probable era que no lo volviéramos a ver. Mi mamá también nos llamó para decirnos lo mismo, y que no sabía si nos iba a volver a ver, eso fue muy horrible. Volví a la casa como 15 días después a buscar ropa y me encontré que nuestra casa estaba siendo allanada, estaba lleno de milicos, armados y estaban quemando la biblioteca de mi papá. Me tuve que regresar sin nada. Volvimos a la casa tres meses después y al poco tiempo volvió mi mamá y después mi padre. Los dos quedaron sin trabajo, así que vivimos una situación muy complicada. Finalmente mi papá terminó asilado en la embajada de Costa Rica, se fue en junio o julio de 1974.

El 76 mi madre decidió venirse a Concepción porque acá estaban sus papás y sus dos hermanos. Ese año me embarqué del pololo que tenía de la enseñanza media, duramos meses que nada, esperé y me vine detrás de mi mamá. Me puse a estudiar para dar la PAA, y el 79 entré Bioquímica en la Udec, poco antes había empezado a militar en la Jota luego de ir a una actividad en Carpinteros y Ebanistas.

Hacíamos actividad política, muertos de susto pero ahí fuimos gastando un polo que se fue agrandando donde se unió mucho del mundo del arte y la cultura, pero con mucha actividad política y desde ahí se generaron dirigentes. Nunca nos fueron a allanar, nunca nos tomaron presos, pero creo que siempre estuvimos en el ojo de la CNI. Un grupo grande entramos a la universidad casi todos juntos y empezamos a hacer los talleres culturales universitarios que fue el germen de lo que terminó el año 83 en el Ceuc y en la primera Federación a finales de ese año. El año 85-86 fui vocal de derechos humanos.

La muerte de Caupolicán Inostroza fue un momento muy duro para nosotros, fue el primer estudiante en Concepción que muere en una protesta, creo que los pacos nos tiraron a matar, el balín le pegó en la carótida y se desangró ahí mismo delante de todos nosotros. Nos enfrentó a la muerte de manera muy potente. Caupolicán es un emblema para todos los de nuestra generación. Eso fue muy marcador tanto como lo fue el allanamiento del 85, en que entraron con tanques, con perros y que tuvimos heridos a bala, personas mordidas por perros. Yo estuve presa, nos pegaron y quedé con una lesión a la columna.

El 7 de junio de 1985 en el Colegio Médico se hizo una jornada por la paz, un foro donde Jaime Hales era el expositor. Yo fui, era como a las 7 de la tarde y terminé alrededor de las 9. Yo vivía en San Pedro y me fui sola para mi casa como lo hacía siempre. Tenía un hijo de 9 años. Tomé micro y me bajé debajo del puente donde está la oreja, en Pedro Aguirre Cerda y empecé a caminar hacia mi casa por la calle Los Pensamientos, yo vivía como a dos cuadras de ese lugar. Iba tranquila y de repente sentí personas que venían corriendo detrás de mí, no me di vuelta pensé que era gente que andaba haciendo deporte y de repente me ponen una bolsa en la cabeza, me toman por atrás, entre dos o tres personas y me empiezan a sacar la cresta, me tiraron en un terraplén, me tenían casi asfixiada, me seguían pegando y querían que les diera nombres; me registraron la ropa, me desnudaron, no sé si pasó gente por ahí porque estaba encapuchada, me

golpearon, me gritaron groserías, hubo ratos en que estuve desmayada creo, al final me arrastraron a un paso nivel y me empezaron a violar, fueron dos y me decían que dijera nombres. Finalmente me desmayé. Cuando me desperté me arrastré como pude a mi casa, me recogió mi mamá y se puso a gritar porque iba en condiciones deplorables, me llevaron al Regional, allá me atendieron. No tengo conciencia de lo que ocurrió, sé que después me llevaron a mi casa y generaron una guardia para evitar que me volvieran a secuestrar.

Se generó una gran alarma pública por lo ocurrido, yo era una dirigente conocida dentro del mundo de los derechos humanos, y creo que por eso me escogieron. Siento que de alguna manera les salió el tiro por la culata porque yo di testimonio público en todos los espacios donde me invitaron y se produjo un movimiento de mujeres en Concepción, que realizó una marcha muy masiva.

Dejé de participar un buen tiempo, me ofrecieron llevarme fuera del país, a estudiar, a vivir y la verdad que con la historia de mi familia, no quise.

Lo mío no fue una violación por un sicópata, había sido una violación política. Me deja la enseñanza que uno tiene que pelear, no puede ser que en un acto tan horroroso uno no sea capaz de defenderse, si uno no pelea por sí mismo es muy difícil que otros levanten esas banderas. Me deja la satisfacción de no haberme dejado destruir.

Manuel Flores Torres

Ex dirigente estudiantil

Integrante del Movimiento Sebastián Acevedo

Década de los ochenta

Concepción

*“En la década de los ochenta
encontré el sentido de los
sueños y las utopías”*



Nací en Santiago en 1964, mi padre trabajaba como obrero en la industria CIC y mi madre era dueña de casa, eran de origen muy humilde, ambos campesinos. Mi padre murió cuando yo tenía 4 años, era muy buena persona y muy buen hijo.

Los fines de semana nos llevaban a un lugar donde se juntaba con gente de su sindicato e iban a poblaciones más pobres que las nuestras a construir mediaguas, era un trabajo voluntario.

Cuando mi padre murió, nos vinimos a Los Ángeles, eso fue en 1969. Le tocó a mi mamá hacerse cargo nuestro y recuerdo que el primer tiempo fue de mucho dolor. Y ahí gestionó su pensión de viudez y con eso vivíamos. Arrendábamos y después nos fuimos con unos primos a un campamento.

Uno de mis recuerdos de niño fue el triunfo de Allende, tengo muchos recuerdos porque uno andaba en la calle y siempre había manifestaciones, nos veníamos de la iglesia y

siempre había jóvenes rayando, era un ambiente con mucha política. Mi papá era allendista y en su memoria yo quería que ganara Allende.

Para el golpe del 11 de septiembre mi mamá nos fue a buscar al colegio como a las 10 y media de la mañana. No sabía qué había pasado, solo que los profesores se juntaban mucho, corrían, conversaban y se iban a las salas, nosotros estábamos solos, algunos hacían desorden y otros conversábamos. Hasta que llegó mi mamá a buscarme y a otro compañero que lo fue a buscar su hermano, nos fuimos juntos y la calle estaba vacía, corríamos un poco y recuerdo que había un taller mecánico con la radio puesta y nos quedamos a escuchar y el hermano de mi amigo escuchó, agachó la cabeza y dijo: “Murió Allende”.

Posterior al golpe fue triste porque muchos papás de amigos míos estaban presos en el Regimiento y recuerdo que escuchaba gente que conocía que estaba muerta y eso me impresionaba.

Cada cierto tiempo, una vez a la semana, nos avisaban que iban a allanar la casa. Nos llevaban a todos a una cancha y nos revisaban la casa. En una calle cerca de donde vivíamos se instalaba un cañón y empezaba a disparar alto, mi hermano chico se asustaba y se escondía bajo la cama. Tíos y primos míos por el lado de mi mamá estuvieron presos, eran de los campos de Los Ángeles.

Fui buen alumno en la básica, entré al liceo y empecé a trabajar en un campo, era mozo de un fundo, el dueño había sido diputado del PR en la época de Allende. Yo ayudaba en todo. Esa familia fue muy importante para mí, me hizo cambiar mi norte y mi forma de pensar.

En cuarto año sabía que tenía que estudiar en la Universidad. La primera vez que di la PAA quedé en Valparaíso, pero al final no me quise ir. Di de nuevo la Prueba y quedé en Concepción. Eso fue en 1983. Me vine, estuve en un hogar y empecé a ir a las actividades de la Parroquia Universitaria. Me relacioné con la Vicaría porque iba a las reuniones del Movimiento contra la Tortura. Yo militaba en la IC.

Mi vida fue con mucho sentido. Me sentía de izquierda, pero me incomodaba que en el discurso se negara el tema de la fe y a pesar de mis dudas, sentía que para mí era importante. Lo veía como sentido de vida, integrarme a ser parte de una causa pero con gente que también lo hacía por Jesucristo y eso era relevante para mí. Estaba en el Movimiento Sebastián Acevedo y eso me acomodaba. Yo iba a las protestas y tenía que arrancar, pero con el Movimiento no me pasaba eso, me sentía seguro, a pesar de que nos acorralaran los carabineros sentía que no me iban a dejar solo y que yo no iba a dejar solo a nadie. Ingresé al Movimiento porque me invitaron dos amigos y fuimos a una reunión a la Vicaría. Era un sistema estricto, en la primera acción no podías participar, tenías que observar y para llegar tenían que presentarte.

En el Movimiento la sinergia que se producía en ese momento era tan potente que uno se sentía con fortaleza, sentir que la causa es tremendamente justa y cuando íbamos presos que alguien empezara a cantar y a rezar daba mucha fortaleza. La mayoría éramos creyentes y eso unía. Nosotros nos preparábamos, nos preocupábamos de formarnos. La impronta fue esa, tú ponías tu cuerpo por una causa justa.

Cuando llegué a la Universidad de Concepción, el movimiento estudiantil se estaba rearticulando. Fue complejo, como movimiento siempre tuvimos pifias, discusiones y discursos

muy apegados a la gente de la UP, no fuimos capaces de hacer un corte y construir una cosa nueva. Hubo muchas cosas lindas, pero también hubo acciones egoístas y autoritarias.

Fui candidato de mi escuela, me fue bien y aunque nuestra lista no ganó, harta gente se integró. "Flores al centro era el eslogan". Se integró gente que no había participado. Yo era muy idealista en ese tiempo. El año '87 fui parte de una lista y aunque al comienzo dije que no, me convencieron y fui elegido. La presidencia fue de Alejandro Navarro y yo era secretario de finanzas.

Viví un momento muy incómodo cuando se nos acusó de haber agredido al rector Carlos von Plessing y nos expulsaron por eso, aunque nunca fue cierta la acusación. La Vicaría nos defendió y ganamos. Me preocupaba lo que fuera a pasar con mi mamá cuando lo supiera. No le había explicado y cuando ella supo, por la televisión y la radio, lloró mucho, se preocupó, y salía de la casa para que nadie le preguntara porque como se mostró el hecho era como si hubiésemos sido terroristas. Fue terrible para ella. Un día mi hermano vio una nota que me habían hecho en el diario, y mi mamá me escribió una carta en que me decía que no me preocupara y que estaba orando por mí. Descansé a leerla por lo que sentía ella. No estaba afectado emocionalmente, lo que me molestaba era tener que explicar que no le había pegado al rector.

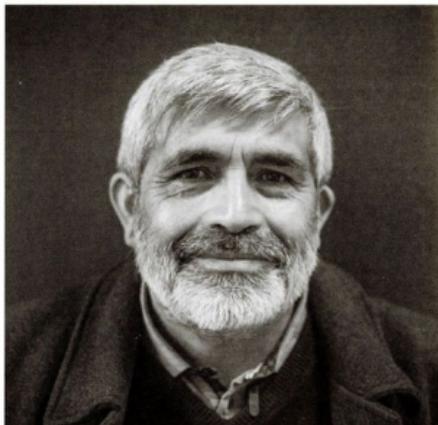
Yo no sabía que me habían expulsado, cuando me lo dijeron no sabía si era real o no. Cuando salió en los diarios, no todos entendieron, pensaron que le habíamos pegado a Von Plessing, algunos profes hasta se alegraron. Fue algo muy raro.

A pesar de la expulsión, nunca me fui de la Universidad, seguí yendo a clases, iba a la biblioteca y pedía libros, nunca me pusieron una traba. Nunca sentí la expulsión como algo real. Terminé la carrera en 1991.

Mi vida en la universidad y mi militancia en el "Sebastián Acevedo" más que la IC, me marcó fuertemente, me comprometí mucho ahí. No tengo cosas de las que arrepentirme. He tenido suerte de encontrar gente grande en el sentido profundo. Eso me marcó de la década de los ochenta, encontrarle sentido a las cosas que no podría lograr con plata pero sí por la gente. El sentido de sueños, y de utopías que no los he perdido.

Pedro Cisterna Osorio
Ex dirigente estudiantil
Universidad de Concepción
Década de los ochenta
Concepción

*“De todo lo que he hecho
lo más grande es haber sido
dirigente estudiantil
y presidente de la FEC”*



Me crié en Concepción, cerca de la plaza Cruz, donde se desenvuelve gran parte de mi vida de niño y adolescente. Mi madre era modista y dueña de casa, trabajaba en la noche y yo la acompañaba. Mi papá era contador y trabajaba en una industria y en octubre del 73 o el 74 lo despidieron. Siempre tuvo una visión demócrata cristiana progresista, pero no fue militante. Somos cinco hermanos.

Tenía ocho años cuando asume Allende. Era una época muy convulsionada y de mucha discusión. Recuerdo que mi papá quería venir a Concepción a una concentración de Tomic y me trajo. Tomamos el tren, en ese tiempo vivíamos en Coliumo, y venían puros militantes demócrata cristianos y desde afuera nos lanzaban piedras, así que veníamos debajo de los asientos. Llegamos y estaba la locura de la gente con sus banderas en la Diagonal, fue el primer hito político que me tocó vivir.

El día del golpe yo estaba en el colegio. Se acercó un profesor y nos dijo que teníamos que irnos porque el presidente

había sido derrocado. El recorrido que hacíamos todos los días era de un lote de compañeros que vivíamos cerca, éramos cinco y nos íbamos conversando y jugando, en ese momento recuerdo que la gente caminaba rápido, todos querían llegar luego a sus casas y los niños intuimos que algo grave había pasado. Lo único que yo quería era llegar luego a mi casa, no sabía lo que significaba que un presidente hubiera sido derrocado.

Cuando llegué a mi casa me di cuenta que esta cosa venía complicada, escuché a mi papá y a unos primos decir que esto era penoso; el toque de queda fue temprano y empiezan a pasar milicos por las calles y se torna un paisaje habitual.

Tuve un primo exiliado y tíos detenidos, y otro primo que falleció en condiciones poco claras. No es que a mí me haya tocado la dictadura tan dura frente a otras familias, pero su impacto fue mucho más de lo que uno se pudiera imaginar, y yo fui creciendo con eso.

Entré el año 79 a la Universidad de Concepción. Terminé cuarto medio en el Liceo Enrique Molina a los 16 años y siempre quise estudiar Ingeniería Civil Química.

En segundo año empecé a tener más vínculos con gente del mundo político, se crea la Asociación de Estudiantes de Ingeniería y participo pero en forma muy pasiva. Era una respuesta política a los rectores delegados y la universidad invadida. Entre el 81 y el 82 comienzo a tener una perspectiva más política sobre lo que estaba pasando.

Había un grupo de estudiantes de ingeniería que tenían más formación y compromiso y con ellos me involucré, yo era el más joven de todos.

El 82, gente de izquierda y del PC impulsaron mi candidatura al centro de alumnos. Al final hicimos una lista unitaria, después fui vocal de la FEC y finalmente presidente.

Yo estaba registrado como militante el 81, pero conscientemente me inicié el 82. Yo tenía una militancia pero más social que política. Mi militancia era muy superficial en ese tiempo, sin mayor compromiso. Mi opción por la política estaba marcada por el colegio y por mi padre que era muy tomicista. En mi perspectiva sentía que podía ser DC, MAPU o IC; mis primeros vínculos fueron con gente de la DC y el mundo que conocía era el de la gente comprometida con los derechos humanos y que se vinculaban con gente del PC.

En ese entonces partimos con la conformación de los Code, y se empezaban a levantar algunos centros de alumnos, era un trabajo sumamente unitario. En el centro de alumnos de Ingeniería Química mi elección fue porque quizás daba más garantías a todos. Así se van conformando los distintos centros de alumnos. Siempre se buscaron los espacios de unidad y convergencia en pos de este proyecto anhelado que era la Federación de Estudiantes, de reconstituir la FEC con toda su carga histórica.

La primera federación duró menos de un año. Yo estaba en esa primera federación como vocal y al retorno a clases nos encontramos con la primera marcha y una represión muy violenta e intensa con la muerte de Caupolicán Inostroza. Eso nos genera un tremendo impacto, mucho miedo, el temor vuelve a ser muy fuerte; los niveles de valentía y la capacidad desafiante del movimiento estudiantil, se sienten trastocados porque murió un estudiante en la universidad y eso incide en que el camino más adecuado fuera la movilización

pacífica que planteábamos el sector juvenil de la Decé, porque con la lucha violenta siempre íbamos a tener costos.

A fines del 84, entran los carabineros a la universidad con tanquetas, perros y helicópteros, nosotros estábamos en una reunión y fuimos detenidos cien estudiantes por lo menos, creo que eso fortaleció la búsqueda de espacios de unidad.

Egresé el 86, cuando fui candidato había egresado y tenía que hacer la tesis. La elección tiene que haber sido el 22 de octubre, antes había sabido que mi compañera estaba embarazada y yo me quería casar, participé en la elección y el 5 de noviembre me estaba casando por el civil y el 8 por la iglesia. Mi hijo nació el 20 de mayo. Eso igual cambió un poco mi perspectiva.

Había unas facultades en toma, y estaba muy agitado el ambiente, con muchos enfrentamientos afuera de la universidad. Eso tuvo una consecuencia política importante y que se tradujo en que en la elección siguiente fuimos todos juntos en una lista unitaria, la izquierda y la DC.

Logramos tener parada la universidad dos meses, pero fuimos expulsados como directiva y en total fuimos 263 sancionados. Felizmente ganamos en la Corte Suprema y con el tremendo aporte de la Vicaría convertimos este problema local en un asunto nacional y fuimos reintegrados.

Lo hecho en política es lo que más me deja, es lo que más le da sentido y me deja más alegría, a pesar de las tristezas y pellejerías que pudimos pasar. Todos esos jóvenes que estuvimos fuimos muy generosos y jugados, y eso me deja muy satisfecho. De todo lo que he hecho en mi vida, lo más grande es haber sido dirigente estudiantil y presidente de la FEC.

Pedro Vera Castillo
Presidente Asociación de Académicos UdeC
Década de los ochenta
Concepción

*“Nos tocó un tiempo difícil,
pero lo enfrentamos
con unidad y coraje”*

Nací en Concepción, el 2 de septiembre de 1947. Mi padre, Reinaldo, era contador, profesor y director del Insuco, y mi madre dueña de casa. Somos cuatro hermanos.

Me casé en diciembre de 1973, con Patricia Aguilera Fierro, docente en la Escuela de Trabajo Social y tuvimos cuatro hijos y seis nietos.

Estudié en el Charles de Gaulle y en 1966 ingresé a la Facultad de Ingeniería Mecánica de la Universidad de Concepción. Fue el periodo de la reforma universitaria, muy convulsionado, yo había iniciado una militancia en las juventudes de la DC; no fue tanta mi dedicación a los estudios como a las lides políticas en ese tiempo. El 70 fui elegido para el Centro de Alumnos de la Facultad de Ingeniería y miembro estudiantil al claustro pleno triestamental que puso en marcha la reforma.



En mi casa no había militancia política, pero sí había una gran admiración por la trayectoria de Eduardo Frei Montalva, lo cual me hizo interesarme en las fuentes doctrinales de la DC. El liceo me puso en contacto con la revolución francesa y la declaración de derechos humanos que nació de ahí, eso me marcó mucho. Atribuyo un poco a eso esta militancia que parte en 1962.

Recuerdo el 11 de septiembre con desesperación al escuchar la radio en la mañana, y constatar que todos los temores que uno tenía se habían cristalizado. Yo era columnista del Diario Color en representación de la JDC y a mediados de agosto había escrito una columna donde combatía esta idea que el golpe iba a ser a la chilena, que no iba a ser violento y que iba a devolver el poder a los civiles en poco tiempo, yo afirmaba que en todas partes los golpes de Estado eran violentos y brutales. Fue muy dramático ver a algunos vecinos saliendo a las calles a celebrar, mientras otros se encerraban para que no se supiera que estaban adentro.

Lo primero que hice en la mañana muy temprano fue ir a sacar de su centro de práctica a Patricia, ir la a dejar a su casa y yo volver a la mía; a las 11 fui al local del partido que estaba en Colo Colo y tuve un diálogo muy acalorado entre quienes sostenían que había que ir en la tarde a un diálogo entre los partidos y las autoridades militares, y quienes sosteníamos que había que rechazar de plano el golpe militar y no ir a ninguna parte. Lo perdimos y con mayor tristeza me fui a mi casa pensando que ya era tarde para intentar cualquier cosa que no fuera la tragedia en que estábamos inmersos.

Muy rápidamente vimos a militares en las calles disparando a gente que arrancaba o en las noches cazando gente. Yo estaba muy afligido y conernado por haber sido incapaces desde el mundo político de haber frenado esto.

En los días siguientes sufrí la primera exoneración de la universidad, diario El Sur publicó la nómina de los estudiantes que podían seguir, alrededor de 11 mil y yo no estaba en esa nómina. De la noche a la mañana nos echaron.

Yo estaba en mi último año haciendo mi trabajo de Memoria, fui a hablar con mi profesor guía y él hizo un informe diciendo que estaba terminando y que era un alumno destacado, así pude terminar y más tarde postular a cargo académico. Me fui de Chile el 77 y volvimos el 81. Nos fuimos a Francia porque gestioné personalmente la beca en la embajada.

Allá participamos en todas las actividades de solidaridad con América Latina. Lo más importante que pude hacer fue para el plebiscito del 80, en que tomé contacto con el diario Le Monde y escribí un artículo contra Pinochet que no podía aparecer con mi nombre porque yo pretendía volver, así que lo firmó un periodista del medio.

Al volver en septiembre de 1981 nos reincorporamos a nuestras actividades en la universidad y yo retomé mis actividades clandestinas en el partido.

Lo que cambia nuestra inacción fue la muerte de Caupolicán Inostroza el 27 de marzo de 1984. Esa noche, unos 50 profesores de la facultad nos convocamos y nos reunimos clandestinamente en la sede del Colegio de Ingenieros. Creamos la Asociación Gremial de Académicos de la Facultad de Ingeniería; el 20 de junio de 1984 se publicó en el Diario Oficial.

En noviembre de 1985 la revista Análisis dio a conocer una reunión de Pinochet con los rectores donde se quejaba porque en la mayor parte de las universidades se habían constituido estas asociaciones y se ordenó a los rectores comba-tirlas. El 20 de enero del 86, Clericus dictó un decreto y me echó de la universidad. Al día siguiente echó a cinco académicos más y a 263 estudiantes, los dirigentes de la FEC y los centros de alumnos. Pudimos resistir y logramos volver en marzo. Hubo una gran movilización.

La gran incógnita era si seríamos capaces de parar la universidad y lo hicimos, todas las facultades se declararon en paro por un mes y volvimos a fines de marzo. Se fue Clericus y asumí von Plessing, que estuvo obligado a volver atrás; se constituyó el Comando de Defensa de la Universidad, y logramos crear un hecho inédito que hizo posible que esto se revirtiera.

En ese tiempo nació la Asamblea de la Civiildad vinculada a los colegios profesionales; el mundo académico tenía que estar representado. La primera reunión fue el 26 de abril de 1986 y la idea era levantar un paro nacional y un plan de movilizaciones de un año. Me tocó presidir la Asamblea.

Y el 15 de diciembre en la sede del Colegio Médico firmamos un compromiso por la democracia y los derechos humanos donde estuvieron todos los partidos, movimientos y organizaciones sociales. Desde el 86 hasta el 90 fui dirigente. También estuve en el Comando por las Elecciones libres y el Comando por el No.

Cuando se nos quiere borrar de una plumada, que todos nos vendimos, que no hicimos lo necesario, es desconocer todo; espero que esto permita que las cosas se vean en su justo lugar, seguramente no hicimos todo lo que debíamos hacer pero tampoco es que no hiciéramos nada.

Al final hay que quedarse con lo favorable, uno no sabe la vida que hubiera tenido si no hubiera habido dictadura. Lo primero que se puede decir es que esta dictadura me cambió la vida. Donde uno esté lo primero es ser ciudadano, un rol que va más allá de su quehacer específico. Nos tocó un tiempo difícil pero creo que lo enfrentamos con unidad y con coraje.

Hugo Pérez Navarrete
Dirigente sindical portuario y pesquero
Década de los ochenta
Talcahuano

“En dictadura me tocó ayudar a formar sindicatos entre sacos de harina de pescado”



Cuando yo tenía dos años, mis padres, Miriam Navarrete y Marcelino Pérez se separaron, así que me forjé por el sacrificio de mi madre, junto con mi hermana; ella nos educó y nos dio valores. Nací en el sector Bilbao de Talcahuano y mi infancia la pasé en el Cerro Buena Vista. Fui a la Escuela Industrial de Pesca de San Vicente donde me convertí en dirigente estudiantil.

Yo era muy inquieto, pasé por la Juventud Radical pero no me agradó la forma de funcionamiento, luego una prima de mi madre me invitó a la Juventud Demócrata Cristiana, tampoco me agradó. Me fui a la sede de las Juventudes Comunistas, fue una convicción propia, había vivido en situaciones de explotación, desde niño vi las diferencias entre los que tenían poder y los demás y eso me llevó a luchar y ayudar y así llegué a la Jota.

El gobierno de Allende fue hermoso. Me integré a la brigada Ramona Parra, fui muralista y hacíamos los famosos amaneceres rojos y decíamos vamos a pintar hasta el cielo. Pasá-

bamos noches enteras rayando los muros de la comuna, con distintas consignas.

El proceso del gobierno popular fue significativo para nosotros por formar parte de un partido que lo respaldaba, una de las tareas que teníamos eran los trabajos voluntarios; trabajé en las campañas de alfabetización, era una ocupación constante que matizamos entre el estudio y el trabajo popular. Había mucho por hacer.

Tenía 18 años cuando terminé la enseñanza media. Cuatro meses antes del golpe, fui nominado encargado juvenil sindical y me tocaba visitar las industrias, así que para el 11 yo hacía una visita por las industrias y hacía la fila para comprar el pan. Recuerdo que me tuve que comer los papeles que andaba trayendo, llegaron carabineros y después tropas militares a revisarnos. Algunos compañeros fueron detenidos y no volvieron más, otros se fueron a distintos lugares; yo empecé a deambular de un lugar a otro, mi hermana se había casado un año antes, así que el que estaba desprotegido era

yo. No podía volver a mi casa ni exponer a mi mujer, así que la fui a dejar a la casa de sus padres y yo empecé a deambular por muchos lugares. No pude seguir estudiando.

Empecé a trabajar en un hotel que estaba en Prat frente a la Estación de Ferrocarriles, fui recepcionista y eso me permitió tener un lugar donde pernoctar en la noche y también salvar a muchos a quienes los pillaba el toque de queda, y yo los guarecí en el hotel. También vi cómo se torturó mucha gente en las calles, hasta que el local fue allanado por los militares y me despidieron; se detectó que yo ayudaba.

A fines del 74 llegó un compañero de la dirigencia nacional de la Jota para ver la posibilidad de recuperar a algunos compañeros y me integré a la resistencia.

El 2 de febrero de 1976 entré a la empresa portuaria. Leí en la prensa que se abría el puerto de San Vicente y que se hacía un llamado a postular, yo envié mis antecedentes y luego de un proceso de selección entré. Al mes, la Marina me sacó del bus de traslado de los trabajadores y me llevaron detenido a la Fiscalía, se quería descabezar a la dirección clandestina de la Jota. Los trabajadores paralizaron sus faenas y acordaron no trabajar mientras yo no regresara. Creo que me ayudó haber pasado todos los procesos de selección y haber ocupado los primeros lugares, el propio contralmirante y administrador de la empresa portuaria me fue a sacar. Tuve que abandonar el trabajo político por asuntos de seguridad.

Me sindicalicé y era delegado del sector profesional en la Asociación de Obreros Portuarios, no había sindicato aún, después se formó un primer sindicato, nosotros creamos el número 2 y fui pre candidato. Hicimos un trabajo juvenil con respaldo de la asociación y eso nos permitió preocuparnos de distintas actividades. Ahí organicé la primera base de la Jota en la empresa portuaria. En mayo del 81 me exoneraron de la empresa portuaria.

Participar activamente en las organizaciones era nuestro paraguas. Trabajaba en actividades sociales y fui capaz de organizar un campeonato nacional el 80 en el Estadio Higuera cuando era alcalde designado Eugenio Cantuarias. Había delegaciones de Iquique a Valdivia. Hice un discurso revolucionario y combativo y tuve que salir por detrás del estadio, fui perseguido durante dos años, hasta que en abril del 82 fui relegado a Valdivia. A fines de septiembre me dejaron libre y volví a tratar de recuperar mi casa, mi familia se había ido a Bulnes. Estuve 6 meses deambulando cuando volví incluso

pedí limosna en el centro de Talcahuano para poder vivir. Así me tuve que empezar a recuperar, hasta que un compañero me dijo que en la Pesquera Iquique estaban buscando gente para mantención y me presenté. Me contrataron de inmediato como secretario técnico de mantención de la flota. Eso fue en mayo de 1984.

A fines del año 85 se inició la primera huelga en Talcahuano, de la Pesquera Iquique. Eso fue en el marco del proceso de negociación colectiva. Fui elegido presidente del Comité, la huelga duró 14 días y salíamos a la calle a marchar, éramos 350 trabajadores. Todas las actividades las hicimos en el Sindicato de Tripulantes de calle Bilbao. No logramos casi nada desde el punto de vista económico, pero sí unidad y cohesión. También recibimos mucha solidaridad. A fines de ese año se realizaron las elecciones en el sindicato y fui elegido con la segunda mayoría.

En 1986 fui elegido presidente de la Federación de Trabajadores de la Industria Pesquera.

Me tocó formar sindicatos a escondidas entre los sacos de harina de pescado, detrás de las fábricas, porque había mucho temor entre los trabajadores. Yo tomaba días de permiso sindical y recorría las empresas hasta que pude lograr que en todas las plantas se formara al menos un sindicato. Y así creció la Federación que tenía 22 sindicatos. Las demandas eran muchas: mejora de los salarios, término de la dictadura y creación de un gobierno democrático y nuevas condiciones para los trabajadores.

En varias ocasiones fui golpeado en la vía pública. Una vez íbamos a hacer un acto en el sindicato de estibadores y fuimos reprimidos y no pudimos realizar la actividad.

Haber formado parte de lo que fue el levantamiento del movimiento sindical fue muy importante. Una de las cosas positivas de ese tiempo fue la unidad alcanzada que nos concatenó por mucho tiempo hasta que vinieron las divisiones políticas. Al calor de esa lucha contra la dictadura pudimos crear un gran movimiento sindical en el cual muchos trabajadores pudieron aglutinarse, pesqueros, petroleros, ferroviarios, mineros, con asambleas muy significativas. Todos luchamos juntos por lograr la democracia.

Humberto Toro Vega
Ex dirigente sindical y fundador
Sindicato Solidaridad
Presidente
Comando Regional de Trabajadores
Década de los ochenta

*“No luché contra la dictadura,
mi propósito era recuperar
la democracia”*



Nací el 2 de noviembre de 1955, en Lota, pero no viví con mis padres biológicos, fui adoptado y desde 1968 llevo los apellidos de mis padres adoptivos: Toro Vega.

Mi padre fue dirigente sindical por más de 40 años en las minas de Lota y militante del PC junto con mi madre. Viví en Lota Alto, sector Plaza Carrera. Me crié en un sector de jóvenes con mucha conciencia social. Tuve la suerte de nacer en Lota, haber vivido en un barrio minero y haber tenido hermosos vecinos y vecinas.

Me tocó vivir una época muy politizada en Chile y en Lota. No me perdía asamblea sindical, era una escuela impresionante escuchar a los dirigentes. Gran parte de la juventud de esa época nos criamos en un ambiente de alta cultura política y mucho debate.

Para el 70 había ingresado al MAPU, era parte de las juventudes. Encontré que allí me sentía más interpretado por su origen cristiano y una visión de izquierda.

Cuando ganó Allende, fue una locura para el pueblo, los patipelados nunca caminaron más contentos que en esa oportunidad. Fue una alegría muy grande.

El 11 de septiembre yo iba camino a la Universidad de Concepción en el bus, salía tipo de 6 de la mañana porque mi primera hora de clases era a las 8. Estudiaba Tecnología Médica. En el bus nos encontramos con varios compañeros, el viaje era largo, había una sola línea que era Los Alces. Extrañamente no había música, algo que nos llamó la atención. Y los cabros reclamaban pero el chofer buscaba y no había nada; en algunas radios se escuchaba música militar.

Cuando llegué a la universidad había un ambiente extraño, me encontré con Antonio Leal que era secretario general de la FEC y militante PC, yo era delegado de mi curso. Traté de ubicarme con la gente del MAPU pero no encontré a nadie. Cerca de las once empezamos a tener noticias más claras, empezamos a observar movimientos en los regimientos cercanos y nos dimos cuenta de que no estábamos prepara-

dos. Tomé la decisión de regresar a Lota. Mi papá estaba en Lota Bajo en el sindicato, así que fui para allá. Nos fuimos a la sede del PC y empezamos a recabar más información. La pregunta era qué vamos a hacer.

Entre el 12 y el 20 el comentario en Lota era que nos iban a bombardear. Lota era como el centro político y la gente dormía y despertaba pensando que así como habían bombardeado La Moneda nos iban a bombardear a nosotros.

Y empezaron las detenciones, varios de nuestros militantes ya estaban detenidos. A mi padre lo detuvieron el 22 de septiembre y mi madre fue detenida el 24 porque era dirigente de la JAP. Gran parte de la dirección del MAPU estaba en el Estadio Regional o en la Isla Quiriquina.

A algunos de nosotros no nos detuvieron porque éramos más cabros, yo tenía 18 años, pero me veía más chico. Casi toda la dirección del MAPU y del PC desapareció. Mi papá estuvo detenido hasta marzo del 74. Estuvo en el Estadio y después en Chacabuco. De ahí se fueron aislados a Cuba. Yo no me fui de inmediato y el 74 entré a estudiar Pedagogía en España, la decisión de muchos de nosotros fue quedarnos y continuar la lucha acá. Pero nos expulsaron en noviembre del 74 porque nos pillaron rayando los baños, nos tomaron presos y nos expulsaron. Así que por Argentina llegué a Cuba.

Regresé a fines del 78. Ingresé con apellidos distintos, mi punto de contacto fue Laja por razones de seguridad. Estuve en casas de seguridad, incluso trabajé un tiempo en la Pa-peleera. No volví a Lota porque en Lagunillas se habían construido las primeras casas para trabajadores de Enacar y las dejó Allende, así que llegué a Lagunillas, y de ahí empecé a articular la lucha política.

Era difícil encontrar pega así que me dediqué un tiempo a vender cosas. El 80 me había casado y cuando surgió el PEM y el POJH, me metí al POJH y ganaba 4 mil pesos. Junto con otros compañeros empezamos a ver qué hacer y se nos ocurrió formar el primer sindicato que se llamó Solidaridad, eso fue el 82 aproximadamente. Hablamos con muchos trabajadores, pero cuando lo formamos solo 37 se atrevieron. Asumió la presidencia, hicimos una conferencia de prensa y al día siguiente nos llevaron a la Municipalidad de Coronel, nos detuvieron y nos llevaron a la oficina del alcalde que nos insultó. Después nos subieron al carro y nos llevaron a la gobernación de Concepción donde el coronel Darwin Sotomayor,

que nos preguntaba por qué habíamos formado un sindicato y cuál era la intención. No me olvido que se nos ocurrió decirle que teníamos problemas y nos habíamos formado porque teníamos hijos y queríamos hacer actividades para ellos como una once navideña.

Esa estrategia nos dio tiempo para organizarnos y pronto hicimos la primera movilización en Coronel, fue la paralización de carretillas, y se detuvo todo Coronel y Lota y después nos dieron duro.

Nos empezamos a articular con otras organizaciones e ingresé al Comando Regional de Trabajadores. Asumí la presidencia de la Federación en Concepción, era el único dirigente sindical del MAPU en ese tiempo. Hasta que detuvieron a Adrián Fuentes que era el presidente del Comando en ese tiempo y quedé acéfalo, así que hubo que rearticlarlo, cuando nos volvimos a reunir se acordó que asumiera yo la presidencia y ahí estuve hasta el 89.

Estuve varias veces preso y me buscaron mucho, porque me mantuve en rebeldía. Una de las detenciones más duras fue una ocasión en que me andaban buscando, yo iba en un auto y me bajé frente al Liceo de Lota y me vio uno de los inspectores. No pasaron ni veinte minutos cuando me detuvieron y supe que había sido él. En esa detención estuve desaparecido varios días. Tengo la impresión que me llevaron al cuartel de Pedro de Valdivia de la CNI, pero no supe con certeza. No hablaba casi nada, me golpearon muy fuerte. Me preguntaban quiénes éramos y todo eso. En las otras detenciones siempre hubo testigos, pero esta fue casi a escondidas. Yo pensé que no salía.

El mundo de los trabajadores tuvo un rol decisivo en la recuperación de la democracia. Nunca hubo más unidad que en esa época. Hubo mucha fraternidad, nos llevábamos muy bien y nos queríamos mucho.

No luché contra la dictadura, mi propósito siempre estuvo en recuperar la democracia. Algo que no debemos perder nunca más, porque el dolor de haberla perdido nos costó muchas vidas. Tenemos que movernos en el valor que eso significa. Derroté culturalmente a la dictadura que nos quiso imponer una cultura de mercado, del valor individual, del odio, yo la derroté porque no tengo odio y me siento feliz de eso.

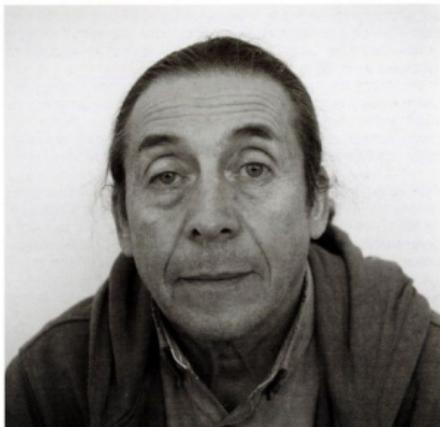
Eduardo Mora Santos
Ex dirigente sindical y luchador social
Década de los ochenta
Chiguayante

*“Fui militante político
y asumí mi responsabilidad”*

Mi infancia transcurrió en Chiguayante, donde nací y me crié. Soy hijo de Ernesto Mora y Marta Santos y somos seis hermanos. Chiguayante era un barrio de Concepción, vivíamos a la altura de Chiguay y teníamos una vida semi campesina; mi papá era obrero textil, pero teníamos costumbres campesinas, íbamos al cerro a buscar leña y nuestra recreación era ir al río a bañarnos. En el verano andábamos a pie pelado, y nos daban zapatos plásticos. Pero igual mi infancia fue relativamente feliz.

El 70 nos cambió un poco la vida porque a mi padre le asignan una vivienda, y ahí tenemos una casa con baño que da otra perspectiva de vida. Nos fuimos a la altura del policlínico. Estudié en la escuela 30, actual Hipólito Salas, y después me fui a la Escuela Industrial de Hualpencillo.

Mi padre trabajaba en la fábrica Tejidos Caupolicán que era de los hermanos Yarur. El era muy activo en el sindicato, cuando había asamblea se vestía con corbata y traje, nun-



ca nos dijo que fuera militante de algún partido, aunque todos sus amigos eran comunistas. No sé si fue militante. Más bien lo identifico como allendista.

No sé por qué salí bien preocupado de la cosa pública, a los 14 años ya andaba con mi hermano mayor en actividades políticas.

En la Industrial de Hualpencillo me fui involucrando a la actividad política y fui simpatizante del FER, Frente de Estudiantes Revolucionarios, y tuve una cierta militancia en ese periodo.

Me acuerdo del triunfo de Allende, y de las marchas que eran un espectáculo masivo. Mejoró la alimentación, había cierta alegría y buen ánimo. Yo me subía solo al tren y me iba a Concepción a ver cómo desfilaban los obreros, me gustaba, especialmente la gente del MIR, la disciplina, la forma de actuar, soñaba con alguna vez participar en eso.

El 11 de septiembre de 1973 estaba en la casa, ese día habíamos programado trabajos voluntarios. Estábamos casi frente a la casa de Tomás Solís y se empieza a escuchar la canción nacional, serían las 10 de la mañana y dijimos algo pasa. Mi madre estaba un poco asustada y dijo que nos encerráramos. Después llegó mi papá, y dijo que había que ir a la fábrica, lo hizo pero después se vino porque habían llegado los militares y los habían echado a todos para la casa. Ese fue el 11 y después empezaron a aparecer los militares frecuentemente. Pasaron los días y con mi hermano mayor salíamos a averiguar por parientes y amigos.

Entre octubre y noviembre, carabineros y civiles allanaron la casa. Buscaban armas y encontraron un libro de Allende, fue suficiente y nos llevaron a los 3: a mi padre, a mi hermano y a mí. Andaban tres vehículos. A mí me subieron a una camioneta. Boca abajo y con las manos en la cabeza. Nos registraron en la comisaría, nos dieron unos golpes y nos mandaron a Concepción. Nos amarraron y a mitad de camino nos bajaron y nos pusieron de cara al cerro, formaron un pelotón y el que mandaba dio la orden de apuntar y disparar, pero no lo hicieron. Nos subieron a la camioneta de nuevo y nos llevaron a la Cuarta Comisaría ubicada en Salas, en Concepción. Nos metieron a un calabozo hediondo. Un guardia me sacó y me dejé en el pasillo. Al otro día nos ficharon, nos sacaron fotos y pero no nos acusaban de nada. Nos quedamos sentados esperando que nos interrogaran. Estaba lleno. Al final nos mirábamos no más, no había posibilidad de conversar. Nos tuvieron como dos o tres días. Querían que acusara a mi papá de ser comunista. Yo negué todo, que nunca había participado en nada y que me dedicaba a estudiar no más.

Entre el 75 y el 76 tuve que hacer el Servicio Militar, yo no quería, pero al final tuve que hacerlo, fueron dos años, dos meses estuve acá y después nos mandaron al norte, a Antofagasta. El 77 terminé cuarto medio y mi idea era haber entrado a la universidad, pero no di la prueba y el 78 entré a trabajar a la fábrica, empecé barriendo y llegué a ser maestro de máquinas.

En la empresa conocí a unos compañeros que habían sido militantes del Mapu y empezamos a conversar y a tener reuniones en la Parroquia San Pablo. En ese tiempo venía el plebiscito de la Constitución del 80 y empezamos a debatir, algunos decían que no había que ir a votar, otros que sí. Eran personas de distintos colores, pero ninguna era militante activo. Al final acordamos ir a votar por el No. Empezamos a funcionar más políticamente, y me empecé a involucrar más

en las actividades del sindicato, aunque eran mínimas porque estaba todo restringido y no había mayor participación. Intentábamos hacer actividades culturales y deportivas que fueran motivando contra la dictadura.

El 82 quebró la industria. Se hicieron ollas comunes, yo participaba en el sindicato y fundamos la Alternativa Sindical con otros compañeros y empezamos a hacer propaganda más política. Ese año me incorporé a militar al MAPU-OC y estuve hasta el término de la dictadura, era un partido marxista leninista, que estaba dentro de mis lógicas y entré sin mayores cuestionamientos. El 85 hicimos las primeras elecciones sindicales en dictadura y salí elegido por Alternativa Sindical.

Hacíamos agitación, solidaridad con otros sindicatos, propaganda, lo que más se hacía era el acto del 1° de mayo que era el hecho sindical más grande, se hacía en Concepción y nos reuníamos en el sindicato Petrox y después nos íbamos en marcha al centro.

En Chiguayante levantamos el Comité de educación y cultura, hacíamos un mes completo de actividades aglutinando a todo los sindicatos de las empresas como Masisa, Indiana, Schaub, más nuestros sindicatos. Hacíamos actos, campeonatos y reuniones de militantes. Era actividad política y social. Como yo tenía fuero, no iba a trabajar, ocupaba mis horas sindicales en distintas cosas que había que hacer.

Era masiva la participación, en cada cuadra había una barricada, se hacía una marcha por Chiguayante y nos juntábamos en la plaza o en Chiguay. Cortábamos el camino y no había más vías para que entrara la policía, había un alto nivel de participación.

Fui militante político y asumí mi responsabilidad como parte de mi forma de ser, de no andar con medias tintas. Fue toda una experiencia que me ha servido para ver la vida, para desarrollarme, para entregar valores. Estoy conforme con lo que hice.

Olimpia Riveros Ravelo

Profesora exonerada
Década de los ochenta
Concepción

*“Tengo la tranquilidad
de conciencia
de no habernos equivocado”*



Nací el 16 de mayo de 1942 en San Fernando, mis padres eran obreros de la Compañía de Tabacos, y vivíamos en una población en la periferia de la ciudad. Soy la mayor de cuatro hermanos, la única mujer.

Estudié en el Liceo de Niñas y en el último año, opté por pedagogía. La directora Dolores Pincheira me dijo que me podían postular para una beca en Concepción si me iba bien en Bachillerato. Me postularon a la beca Enrique Molina y un día me llegó un telegrama diciendo que tenía la beca que consistía en hogar, matrícula y todo lo que me dio la Universidad de Concepción de la cual estoy eternamente agradecida.

Llegué en 1959, al Hogar Los Tilos 3, donde habíamos 80 mujeres, unas 15 éramos becadas. Me gustó la pedagogía, tuve excelentes maestros y compañeros.

Tenía una vida universitaria plena, iba a todas las actividades que podía, hacía teatro, tuvimos un equipo de basquetbol,

participé en el centro de alumnos y me acerqué a la radio a través de un programa que teníamos como centro de alumnos de Educación. De las primera cosas en las que participé fue un viaje en bus para apoyar la huelga de los mineros del carbón en 1960, una tremenda experiencia.

Con la beca de la universidad tenía hogar y comida, pero no tenía plata para el bolsillo, así que empecé a hacer clases particulares, me ganaba unos pesos y me compraba unos berlines gordos en el quiosco de la escuela o mandaba a arreglar los zapatos. Empecé a trabajar y estudiar. Y cuando entré a trabajar en la radio de la universidad tuve que renunciar a la beca y estuve en la radio hasta 1972, porque a fines de ese año me fui a dirigir la radio Simón Bolívar del PC. Mi militancia empieza en los años 68 o 69.

Como profesora me inicié antes de titularme; en el centro de alumnos teníamos un Liceo Nocturno, reconocido por las autoridades de la época, que funcionaba en Lorenzo Arenas y yo iba a hacer clases. Y cuando me titulé partí el Liceo Lo-

renzo Arenas en 1965, haciendo un reemplazo y después me quedé con algunas horas. Para entonces me había casado y tenía dos hijas.

El año 69 trabajé en todo lo que había que hacer para que saliera Allende, me hice allendista, era la locutora de los actos. Era un periodo de esperanza, de construcción, de futuro, estaba a la vuelta de la esquina la posibilidad de construir un país distinto.

Pero también desde el comienzo se vieron las dificultades. Se sabía que iba a ver un golpe, pero en nuestras cabezas el golpe era quitarle el poder a Allende y sus autoridades para que otros tomaran las riendas, pero nunca estuvo la posibilidad de la represión a todo el pueblo, eso no lo calculé.

Yo era directora de la radio Simón Bolívar de Concepción comprada a fines del 72 por el PC, yo sintonizaba temprano la radio para saber lo que estaba pasando, había un equipo de prensa que no era muy afín a nosotros pero funcionaba bien y el 11 de septiembre me di cuenta que no había locución, ni música, ni noticias, solo marchas militares. Llamé por teléfono para preguntar y me dijeron que la radio estaba tomada por los militares y que hubo un golpe de Estado.

Salí de mi casa y a una cuadra vivía Fernando Álvarez con su familia y me encontré con Adriana, su esposa, que me dijo que se habían llevado a Fernando. Me fui a la radio a ver si podía entrar, pero no pude. Me fui a la planta de la radio, camino a Santa Juana para intentar impedir la transmisión, pero no pude hacer nada.

Nunca supe por qué no me detuvieron. Creo que fue como dejarme de muestra, que vieran que no eran tan criminales, que algunos se salvaban. Eso significó desconfianza entre alguna gente. Mi casa fue allanada en dos oportunidades, por militares y por carabineros, porque una vecina enemiga dijo que había visto pasar las cajas con armas.

Quedé sin trabajo en la radio. Había pedido permiso en el liceo sin goce de sueldo y me presenté con mucho temor. Había un señor extraño ahí y le dije que estaba con permiso sin goce de sueldo, que quería ver si podía retomar mis clases. Llamó a las dos colegas que hacían mi reemplazo, y les dijo que yo quería retomar las clases y ellas dijeron que las horas eran mías. Eso fue determinante para que continuara con trabajo.

Seguí trabajando, con poquitas horas, sin jefatura, y pasaron varios años, yo era peligrosa y muy conocida. Las primeras cosas que hice de resistencia fue copiar a máquina en unas tiritas de papel un texto del Quijote que dice "La Libertad Sancho es el don más preciado que el cielo quiso darnos" y yo lo ponía en el fichero de la Sala de Profesores, duraba una hora o un día y lo volvía poner.

El año 86, cuando la Asamblea de la Civilidad llamó al paro del 2 y 3 de julio, como Agech (Asociación Gremial de Educadores de Chile) nos sumamos y nos hicieron un sumario, no había solo comunistas, también miristas, socialistas, llegó a tener 10 mil profesores en el país. Se produjo el atentado fallido a Pinochet y se vino la represión que despistó a 25 mil profesores en todo Chile y una cantidad importante en Concepción. En mi fuero interno esperaba que me despedieran, pero no a mi esposo ya que trabajábamos los dos en el mismo lugar, pero no fue así.

Tuvimos la gracia de mantenernos cohesionados y en la lucha. Las acciones populares eran masivas, con protestas, manifestaciones, actos y todos los sábados hacíamos nuestra marcha por el centro. También hacíamos ollas comunes, los hijos comían en comedores populares y la gente del mercado nos donaba cosas para los almuerzos.

Fueron tres años, del 87 al 89, muy duros. Nos cortaban el agua, la luz. Mi madre con su pensión de obrera nos mandaba cajas con legumbres. Hubo gente solidaria, un grupo de profesores nos hacían llegar una caja para Navidad; fue una época de sobrevivencia solidaria. No me dieron trabajo. Busqué, hice todo lo posible, pero era una figura indeseable, no confiaban en que podría hacer un trabajo profesional.

Nosotros nos podemos sentir tranquilos de estar en el lado correcto de la historia, uno no lucha por uno, los cambios se van a dar. Tengo la tranquilidad de conciencia de no haberme equivocado. Nos sentimos tranquilos de haber actuado bien, aunque me hubiera gustado hacer la revolución, pero vendrá algún día, sin armas, claro.

Marco Contreras Mella
Dirigente juvenil y poblacional
Década de los ochenta
Hualpencillo

*“Hicimos lo que teníamos
que hacer con nuestra
juventud rebelde”*



Nací en Concepción, y toda mi infancia transcurrió en Hualpencillo. Mi papá, Víctor Contreras trabajaba en Huachipato y mi mamá, Carmen Mella era dueña de casa. Somos 7 hermanos, pero quedamos 6 ya que uno falleció. Mi papá murió hace 15 años y siempre fue activo en el sindicato, y mi mamá es muy católica, así que en mí se mezclaron lo sindical de mi papá y lo cristiano católico de mi mamá.

Vivo en Armando Alarcón del Canto, la población histórica de Hualpencillo donde vivían trabajadores de Enap, de Huachipato, de Asmar y empleados de Comercio, son 40 pasajes contando desde Club Hípico en adelante.

Mi papá fue allendista y simpatizante del PC. Mi mamá era muy solidaria, fuimos de los primeros en tener televisor en la población, los huachipatinos ganaban bien.

En la escuela básica siempre fui dirigente estudiantil, estaba en la Cruz Roja y en el grupo de trabajos voluntarios. Esa mentalidad de trabajo colaborativo me quedó impregnada.

Cuando terminé octavo me fui al Liceo Industrial de Collao, ahí fui presidente, vicepresidente y tesorero del Centro de Alumnos. Los 4 años que estuve ocupé cargos y en el liceo empezaron los problemitas. El 82 y 83, plena época de las protestas, empezó la persecución, me acusaron de que rayaba los baños, que hacía panfletos. Aparecía un panfleto me iban a buscar a la sala y me suspendían.

Empezamos a coordinarnos con otros centros de alumnos y nuestra primera protesta en el liceo fue porque había unas sillas de lata, estuvimos 4 años con ellas en un lugar helado como es Collao. Así que la primera protesta fue para cambiar el mobiliario del liceo.

Estuve a punto de ser expulsado por esta campaña de hostigamiento político hacia mi persona. Tenía buenas notas, era buen alumno, por tanto no había excusa para echarme.

Para el golpe militar no tengo muchos recuerdos, pero mi tío que vivía en Concepción dijo que ellos sintieron los aviones

Hawker Hunter que partieron desde Concepción hacia Santiago para bombardear La Moneda, tengo ese relato suyo.

Algunos años después mi papá nos llevó a Santiago a ver La Moneda, aún quemada, con las puertas destruidas, esa imagen de La Moneda bombardeada y yo chico al lado de mi papá mirando detenidamente, también me marcó.

Soy católico, fui dirigente zonal Talcahuano de la Pastoral Juvenil. La gente que empezó a salir de la Quiriquina se iba a refugiarse a la iglesia, una vez en la iglesia, el padre Pedro Jaminet presentó el testimonio de una mujer que había estado detenida en la Isla Quiriquina y eso me marcó.

Recibí formación política de la IC, el MIR y la Jota, pero decidí entrar a las Juventudes Comunistas, eso fue en 1983. Lo hice por la organización, eran muy compartimentados, ordenados y educados, muy disciplinados y lo primero que te hacían era leer y aprender medidas de seguridad. Y eso me llamó la atención.

También estuve en la OPH, Organizaciones Poblacionales de Hualpencillo, fui vocero y también presidente. Eso fue del '83 en adelante. La OPH era una agrupación de centros culturales, juveniles, de centros de madres, de pobladores, de sin casa, no legalizados.

La mayoría de las actividades la hacíamos al alero de la iglesia porque tenía la infraestructura.

La OPH organizaba todas las protestas de Hualpencillo. No era cualquier calle la que se paraba, eran las estratégicas. Funcionaba la compartimentación, usábamos chapas o apodosos pese a que todos nos conocíamos, éramos dirigentes públicos y éramos vigilados, pese a eso nunca nos pasó nada.

Para el gobierno de ese tiempo, Hualpencillo era zona roja. A nosotros nos disparaban balas de guerra, no bombas lacrimógenas. Parábamos Hualpencillo con barricadas, las mujeres juntaban la basura y hacían barricadas, y nosotros aportábamos tablas y neumáticos.

En las marchas partíamos 50 o 100 personas y terminábamos fácilmente con 3 mil. Había un retén frente al Club Hípico y cuando ocurrió el caso de los degollados, nosotros apedreamos ese retén, casi lo hicimos pedazos, era un mar de gente, tuvieron que llegar los marinos.

Una vez cayó la mitad de la plana mayor de la OPH y los torturaron, los demás tuvimos que escondernos por dos semanas, la iglesia nos ofreció sacarnos pero ninguno se quiso ir, si no hubiera estado el apoyo de la iglesia, no estaríamos contando esto.

Los años '85 y '86 fueron el periodo más álgido, empezó el hostigamiento y la persecución, sabían dónde nos juntábamos, tenían nuestros nombres. Los autos me paraban y los pacos de civil me amenazaban. Yo sufrí varias detenciones en Concepción, en los tiempos de Jarpa (Sergio Onofre Jarpa, ministro del Interior de Pinochet) caímos todos los dirigentes sociales. A la mitad los relegaron y a nosotros nos pasaron a la Primera Comisaría, estuvimos hacinados, el baño era un hoyo pestilente, las celdas estaban llenas. El gobierno resolvió relegar a unos y a los demás nos mandaron a la cárcel a Chacabuco 70. Conoci la cárcel por dentro.

Para mí como adolescente conocer los nichos me marcó. Era una muralla llena de hoyos y los reos comunes dormían ahí, cocinaban y guardaban sus cosas también; recuerdo que usaban cocinilla a parafina, y estaba todo negro, y con un olor intenso, pero el olor a humano era peor todavía, eso lo recuerdo mucho, el olor a parafina quemada y el olor a persona encerrada, hacinada, en un lugar tan chico. Nosotros no estábamos ahí, pero para llegar a nuestras celdas teníamos que pasar por ahí, por el pasillo.

Había miristas y comunistas. La carreta de los políticos era grande y eso daba seguridad, el resto de los presos no nos molestaba. Tenían como admiración hacia nosotros. Nunca vi peleas entre los políticos y los comunes, además les enseñaban cosas.

Me acusaron de haber infligido la Ley de Seguridad del Estado y el toque de queda. Cumplimos los dos meses y nos liberaron. Nunca me llevaron a declarar ni me interrogaron. En la comisaría sí me interrogaron y me pegaron. Los guardarnes se portaron bien.

Hicimos lo que teníamos que hacer con nuestra rebeldía juvenil, estuvimos a la altura de las circunstancias, dimos más de lo que teníamos que dar. Conoci gente muy hermosa, muy responsable pese a que éramos muy jóvenes; perdimos hartito en lo personal pero ganamos el respeto de una población y si el premio es pasar a la historia sin haber claudicado creo que vale la pena, porque es rico saludar a la gente de frente y que te digan ustedes se la jugaron. Y cumplimos.

Silvia Pérez Garcés
Fundadora Movimiento Mujeres
Independientes
Década de los ochenta
Concepción

*“No se puede pasar
por esta vida sin hacer nada”*

Nací en Corral, el 13 de enero de 1947, tenía 5 años cuando nos vinimos al campamento de los trabajadores de Huachipato y éramos 7 hermanos, quedamos cinco, los dos más chicos fallecieron. Estudiamos en la escuela Claudio Matte de Talcahuano. Mi papá era obrero de Huachipato. Después nos fuimos a Las Higueras.

Siempre fui muy participativa. Se levantaron los consejos de curso y en sexto fui presidenta. Yo quería ser profesora e hice todos los trámites para ir a la Escuela Normal de Angol, pero no me resultó. En tercer año de enseñanza media me fui al Liceo Experimental. En el intertanto me enamoré, Juan era de la Jota y yo a los 15 años ya estaba interesada por el asunto político, nunca me faltó nada y veía la diferencia con otros niños. Para ser comunista había que ser de los mejores, así que estudiábamos mucho. Tenía 16 años cuando me entregaron mi carné de militante.

Con Juan nos casamos en 1964 y yo estaba embarazada. En el colegio había aprendido a hacer titeres y creamos una



compañía y empezamos a trabajar en las escuelas y en distintas partes. Teníamos dos hijas, pero la segunda hija falleció. Juan empezó a estudiar y yo tuve mi tercera hija, y después nos instalamos con una librería en Higueras

Ahí empezamos a organizar el Comando de Allende, vivíamos en una casa en Alto Horno.

Tuvimos una alegría muy grande cuando salió Allende. Juan estaba en segundo y le ofrecieron hacerse cargo de la ECA, pero le pedí que no lo hiciera. Vivimos un tiempo feliz, pero después empezaron las restricciones. Yo colaboraba en la JAP para ayudar a la gente que necesitaba. Fue un gobierno extraordinario, había alegría, libertad, lo más grave era el racionamiento.

Cuando ocurrió el golpe militar, el 11 de septiembre, recuerdo que tenía que venir a Concepción y me dirigía a tomar el tren y me encontré con un compañero que me preguntó a dónde iba y le conté. Me dijo que no fuera porque algo pa-

saba y que mejor me devolviera. Volví a la casa y Juan estaba acostado, le conté y encendió la radio, y me dijo que sacara dinero y fuera a comprar cosas. Empezamos a quemar libros y documentos, otros los escondimos, era doloroso. Nos quedamos en la casa, atentos a lo que pasaba.

A los 6 días nos fueron a allanar los marinos, mis hijas lo vieron todo. Antes de eso yo no tenía susto, pero después me vino el pánico, veía a los militares y me ponía a llorar.

Después supimos de compañeros que habían detenido, entre ellos mi primo que estudiaba Filosofía. No fuimos a Hualqui y allá también nos allanaron, así que empecé a hacer los trámites para irnos a Australia, pero mi mamá me lloró para que no me fuera.

Los allanamientos eran por Juan, sabían todo, pese a eso no lo detuvieron en ese tiempo.

Cuando Juan empezó a estudiar, vimos la posibilidad de abrir una librería en la universidad, nos instalamos a fines del 73 y empecé a trabajar ahí. Yo veía a los estudiantes muy vulnerables, me conseguí una estufa con los guardias y les convidaba café a los jóvenes. Pensando en los estudiantes vulnerables, que tenían problemas de alimentación y algunos se iban donde la Tita al Aula Cero, con unas compañeras nos organizamos para ayudarla y aportar dinero, nos juntábamos en la Funeraria La Paz y empezamos a ver qué hacer. Partimos organizando onces y así llegamos a la Comisión Chilena de DDHH que estaba en Carrera a pedirle a don Jorge Barudí que nos cobijara y ahí nos empezamos a juntar y a preparar actividades más grandes y a pensar en un movimiento social.

Empezó a crecer el grupo y nos creamos como Mujeres Independientes, sin partidos políticos, estábamos luchando por la vida. Eso fue el año 82.

Las mujeres empezamos a conversar y ver que muchas compañeras eran violentadas, y que eran invisibles. Así empezamos a hacer talleres para educarnos, eso fue a la par con la lucha política. También íbamos todas las semanas a visitar a los jóvenes a las cárceles.

En la oficina de la señora Luz Sobrino hacíamos los panfletos y las pancartas. Cada quince días hacíamos acciones y los carabinieri nos rompían los letreros, pero no teníamos miedo. Nos involucramos con todas las agrupaciones. Los primeros

8 de marzo en que empezamos a salir se organizaron en el sindicato del Cuero y Calzado que estaba en Tucapel. Qué no hacíamos, con organización y creatividad. Por ejemplo, íbamos al Estadio y lanzábamos panfletos.

Organizamos un gran congreso de mujeres a nivel nacional, de todas partes de Chile vinieron y empezamos a trabajar nuestras demandas. Fueron dos días. Fue fabuloso.

Recuerdo también una inmensa marcha que hicimos antes del atentado a Pinochet. Nosotras no éramos de acciones agresivas. Había muchas compañeras muy valiosas.

Nos empezamos a involucrar en todo el movimiento social y nos dimos cuenta del poder que teníamos. Hubo una gran amplitud de criterio que permitió que todas pudiéramos estar y logramos entendernos. Fue un trabajo de hormiga el que hicimos. Cuando tomaban a alguna detenida, nos íbamos todas a sacarla a la Comisaría.

Se provocaban acciones y siempre con una reivindicación. Hicimos una gran acción en la Plaza Independencia, nos tomamos de las manos en una ronda, y dimos vuelta por la plaza. Eso fue en 1983, y fue la primera acción masiva que hicimos las mujeres. También acompañamos a la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos; donde había una acción o una marcha, ahí estábamos.

Lo único que yo quería era que se fuera el dictador, porque dictadura significa muerte. Es importante hacer conciencia que uno no se puede quedar en su casa a esperar que la vida pase. Yo quiero aportar con un grano de arena. La participación es parte de una persona, no se puede pasar por esta vida sin hacer nada. Siempre hay algo que aportar.

Lo que me dejó esta experiencia es comprobar lo valiosas que somos las mujeres cuando nos damos la oportunidad, cuando nos ponemos una meta, llegamos. Estoy orgullosa, nosotras contribuimos a nivel nacional en más de un 80 por ciento a la recuperación de la democracia, por lo organizadas que somos, y no de apocar o desmerecer a la otra, todas éramos una, y nuestro norte era derrocar a la dictadura.

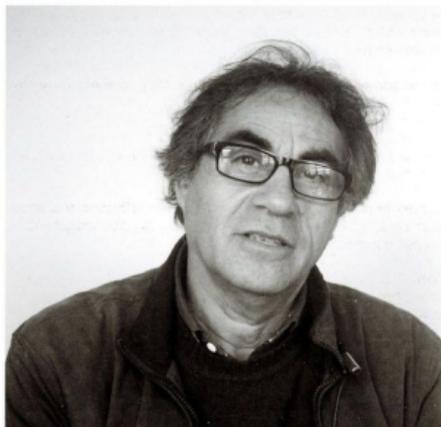
Fernando Vásquez Alarcón
Cantautor, compositor
Década de los ochenta
Tomé-Concepción

“El arte y la cultura pudieron aglutinar las diversidades que querían que cayera Pinochet”

Tenia 7 años cuando mi madre falleció y nos fuimos a la casa de mi abuela Gregoria Albornoza Miranda, al barrio California donde me crié. Mi papá era obrero textil de la fábrica FIAP de Tomé. Crecí en un barrio muy popular, la música y la literatura fueron lo que más me interesó desde niño. Estudié en la Escuela Ecuador, después en la 25 y en la Industrial Superior.

La casa de mi abuela siempre estaba llena de gente, recuerdo que había mucha conciencia social en ese tiempo. Mi papá era músico también y tenía una orquesta que ensayaba en el segundo piso de la casa y tocaban en lugares bohemios, así que la música la traía desde muy chico. Era una época en que había mucha solidaridad, la gente se ayudaba mucho, eso me marcó. Fue una niñez muy rica, muy potente.

El 71 ingresé al FER, Frente de Estudiantes Revolucionarios del MIR, el proceso de la UP nos marcó, tenía 13 años y trabajé activamente. Recuerdo los trabajos voluntarios el do-



mingo, los pobladores se organizaban y se copiaba lo que se hacía en un programa de TVN que se llamaba “Póngale el hombro”. Mi abuela les preparaba comida. Había una efervescencia que nunca más volvió a ver.

Veíamos que el mundo estaba cambiando y no podíamos estar ajenos, había un proceso que uno veía en las calles, en las manifestaciones, en las marchas. Había un movimiento social, político y cultural a todo nivel.

El martes 11 de septiembre del 73, como siempre me levanté temprano y salimos a comprar el pan, pero me detuvieron los militares que estaban en el barrio y no pude pasar al centro. Cuando volví a la casa, mi abuela estaba muy triste y me dijo que habían vuelto los perros, porque ella sabía lo que era una dictadura, recordando lo que habían vivido con mi abuelo durante la represión de González Videla contra los comunistas. Yo estaba en segundo medio y repetí curso.

Después del golpe había mucho temor. Se cortó de raíz lo que estaba floreciendo, algunos dirigentes fueron detenidos y otros se fueron al exilio.

En mi adolescencia me volví rebelde. Mi padre era muy castigador. Cuando entré a la Industrial tenía 17 años, y en esa época mi padre quedó cesante de la fábrica FIAP Tomé y con mi hermano dimos la PAA, a él le fue mejor y yo quedé a la deriva y me encerré. En mi pieza como un año. Viví una crisis existencial muy fuerte.

Conocí gente que se juntaba a fumar marihuana y a escuchar rock, yo empecé a frecuentarlos y llegaba muy tarde a la casa y me papá me pegaba.

Con otro amigo se nos ocurrió juntarnos para hablar de música y hacer talleres, éramos ocho y nos juntábamos el domingo para autoeducarnos, cada uno trabajaba un tema.

Para la primera Consulta Nacional salimos a rayar con carbón en contra de Pinochet.

Eso fue hasta el 81 cuando falleció mi abuela Gregoria y toda la familia nos fuimos a Concepción.

Ahí me empecé a conectar con los presos políticos, iba a la cárcel, al Buen Pastor. Trabajé como vendedor en una imprenta donde trabajaba mi papá y empecé a frecuentar el CODEPU, la Agrupación Cultural Concepción y Carpinteros y Ebanistas donde empecé a trabajar y cantar como músico. También estuve la Parroquia Santa Cecilia, en Talcahuano donde formé parte del Centro Cultural y empecé a participar en distintos lugares, íbamos a solidarizar a las ollas comunes, en las huelgas, en las marchas, fue un proceso solidario que duró varios años, vivía haciendo solidaridad. Del 81 al 86 estuve muy comprometido, me fui de la casa y andaba con mi guitarra y las cosas básicas; vivíamos en los barrios y tocando en locales nocturnos.

Participé en muchas organizaciones, una fue la Agrupación Democrática de Artistas, ADA, de la cual formé parte desde el origen. Surgió por la inquietud que tenía el grupo de Teatro Experimental, ello fueron el núcleo. Nos empezamos a juntar en actividades solidarias y en ese tiempo llegaron Manuela Bunster, Joan Jara y Patricio Bunster que formaron el taller Calaucán, que estaba en calle Rengo. En el paseo peatonal hacíamos expresiones culturales y como ADA tra-

bajábamos fuerte en las poblaciones, nuestro carácter era eminentemente solidario.

Desde el 83 al 87 tuve cuatro detenciones. Una de ellas fue el 83 cuando un grupo de artistas fuimos detenidos en Barrio Norte, íbamos a una protesta y llegamos tarde. Estaba la policía civil de Carabineros y nos llevaron a la Segunda Comisaría de Barrio Norte y nos tuvieron incomunicados como cuatro o cinco días. Hubo violencia psicológica, estuvimos encerrados en un calabozo sin comer. En la noche nos sacaban al patio y nos amedrentaban. Después nos llevaron a tribunales y de ahí a la cárcel. Nos acusaron por Ley de Seguridad del Estado, estuvimos presos como 20 días y después fuimos sobreseídos.

Cuando ADA se politizó me alejé, fue un desgaste también, ya la mística se había perdido, algunos habíamos intuido que esto iba para otro lado. Yo dejé de creer.

Nunca he tenido militancia, eso del FER fue muy del momento histórico, de tener conciencia social y política, pero no partidista.

De esa época recuerdo también los programas de radio. Uno de ellos surgió el 78 y se llamaba "El cantar tiene sentido" y se emitía a las 8 de la mañana en radio Talcahuano, lo hacía Ernesto Yáñez, era un programa sobre la nueva canción chilena, y ahí se invitaba a actividades culturales.

Hubo varias organizaciones en ese tiempo como la Agrupación Cultural Concepción, el grupo de Teatro Caracol con Brisolia Herrera, la Agrupación Cultural Universitaria, el Centro Cultural del Bío Bío, y Carpinteros y Ebanistas como lugar de encuentro.

Pienso que el arte y la cultura logró lo que en un inicio los partidos no pudieron por la represión, que era aglutinar las diversidades que querían que cayera Pinochet, el arte y la cultura lo lograron por esa unión y diversidad de expresiones, la gente vibra y participaba con eso.

-1720-

Relatos de la resistencia



Relatos de la Resistencia es un breve compendio del proyecto "Registro de Testimonios para el Archivo Audiovisual del Museo de la Memoria de la Región del Bío Bío (2da parte)", que recoge 25 historias de hombres y mujeres que, a partir del 11 de septiembre de 1973 y posteriormente, en la década de los ochenta, fueron víctimas de violaciones a los derechos humanos pero, principalmente, fueron actores comprometidos en la resistencia a la dictadura desde distintos ámbitos.

Esta iniciativa fue financiada por la
Seremi de las Culturas, las Artes y el Patrimonio Región del Bío Bío,
Programa Memoria y Derechos Humanos 2019.

RED DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS



SNBP6384565

